

ISSN 0120-0216



aleph



abril/junio 2009, año XLIII

No. 149



ISSN 0120-0216
Resolución No. 00781 Mingobierno



Ilustraciones de carátula e interiores
de Olga Lucía Londoño P.

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo
Valentina Maridanda
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Jorge-Eduardo Hurtado G.
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel-Fax: +57.6.8864085
<http://www.revistaaleph.com.co>
E-mail: aleph@une.net.co
Carrera 17 N° 71-87
Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación: Andrea Betancourt U.
Impresa en Editorial Andina

abril/junio 2009

aleph

Año XLIII

En retirada

A la memoria de
Ramón P. Muñoz Siles

Donde el aire es más calmo
donde el ruido rojizo de la feria
se hace luz y palma
donde el tiempo
ha detenido sus batallas
ojos tu corazón
infinitamente
solo.

Casa de la agonía en que se unen
la memoria del cielo y el verdor
Fuego que avanza sobre las aguas mansas,
llama fría
que abre
puertas desconocidas.

Espero en la oscuridad
ajena al vértigo que roza los espejos
censada ya del brillo,
la risa y las espadas.
Absorta miro el cuervo de las pelebrías
en el anochecer que vela el cruzado de los muebles.
En la penumbra de acinteceros silencios
pare el ala de fuego de un ángel no nombrado.

La luz avanza ahora sobre el mundo.
Ellos, los mercederos, no perciben
el vuelo de las palabras encendidas
ni el secreto rumor de la materia
en la alquimia de los días finales.
Una oscura marea
muere las dulces aguas de la tierra
El sabio se retira en su caverna
Para escuchar la nueva melodía.

Graciela Maturro

1-02-09

Filosofía y literatura: dos juegos de lenguaje

Marta-Cecilia Betancur G.

La filosofía y la literatura son dos formas distintas del pensamiento, dos formas de realización de la cultura y dos formas de llevar a cabo las interpretaciones y las reflexiones del hombre sobre el mundo, la sociedad, la naturaleza humana y el conocimiento. Esas dos formas de pensamiento tienen rasgos en común y diferencias. Decir que son dos juegos de lenguaje distintos significa afirmar que son diferentes los problemas que plantean, la manera en que los formulan, la forma como resuelven o argumentan las respuestas, el lenguaje que utilizan y el contexto en que se desenvuelven. No obstante las diferencias entre ellos hay parentescos.



Formulación de preguntas

Los problemas de la filosofía son teóricos, abstractos y de naturaleza muy general; son problemas de tipo conceptual; se formulan cuando se presenta un enredo o un desorden teórico para el que aún no tenemos respuestas claras y explicaciones sólidas; cuando se encuentra contradicción entre diversas respuestas, entre nuestro conocimiento y los hechos o entre diver-

dos niveles de conocimiento. Un problema filosófico supone una perplejidad, un no saber qué camino coger. Sin embargo, aunque esos problemas son conceptuales y teóricos se refieren en últimas al mundo, a la sociedad, al hombre o al conocimiento de ellos.

Así las cosas, las actividades más importantes de la filosofía son: formular preguntas, analizar conceptos y llevar a cabo la crítica de teorías y de verdades del sentido común que se han aceptado sin ser sometidas a la reflexión; esta disciplina está en la capacidad de someter a crítica conceptos y teorías que habíamos dado por sentados, o asumido sin sospecha y sin discusión; la filosofía supone la actitud de "no tragar entero". Ahora bien, ella pregunta, discute y crítica en el marco de nuevas teorías que se propone como nuevas formas de interpretar los problemas en cuestión.

Por su parte, los problemas de la literatura, y que podemos descomponer en dos grandes campos, el de la narración de ficción y el de la poesía, atañen más propiamente a la existencia humana, al ser del hombre. Ella toca problemas semejantes y diferentes a los filosóficos, pero los presenta en la manera en que afectan al ser del hombre, como vivencias humanas. La literatura y la filosofía se han planteado los problemas de la discriminación racial, de la injusticia social, de la censura a ideas distintas, de la eutanasia, de la identidad humana. La filosofía formula de manera racional y argumentada el problema; analizando los fundamentos de donde surgen, examinando los argumentos desde los cuales se han pensado y dando nuevas razones teóricas para responderlos. La literatura los plantea mostrando la forma como ellos afectan la vida humana, como inciden en el obrar y el padecer del hombre y como se experimentan en la vida.

Lo interesante en los dos campos, el de la filosofía y el de la literatura es que tienen cierto arraigo común, en cuanto la conciencia del problema produce curiosidad, insatisfacción y sorpresa, actitudes humanas necesarias y propicias para realizar los esfuerzos de la imaginación, la razón y la voluntad para buscar salidas. En este sentido tanto la filosofía como la literatura se arraigan en la actitud propia del ser humano de cuestionarse y hacerse preguntas.

Respuestas de la filosofía

Si tenemos en cuenta que un campo del saber y de la cultura se conforma a través de un juego de lenguaje específico que lo va constituyendo, la filosofía y

la literatura son hoy lo que se ha ido haciendo de ellas a través del juego de lenguaje respectivo, pues los dos juegos de lenguaje son distintos. El juego de lenguaje de la filosofía es fundamentalmente racional, teórico y argumentativo. La filosofía busca respuestas sólidas y consistentes; propone teorías sistemáticas y organizadas con argumentos racionales adecuados para dar respuesta a los problemas. Y como éstos son abstractos, generales, conceptuales y teóricos, se formulan y se exponen de manera racional mediante la proposición de argumentos sólidos. Por tanto, el lenguaje de la filosofía es racional y argumentativo. Y la forma como se argumentan los problemas y se resuelven está ligada a las diversas formas de teorizar y de argumentar en los distintos sistemas filosóficos.

La filosofía nace de las preocupaciones del hombre por responder grandes interrogantes que le inquietan, como los siguientes: ¿Qué es el mundo? ¿Cómo está constituido? ¿Qué es el hombre? ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es la muerte? ¿Es el hombre inmortal? ¿En qué sentido lo es? ¿Qué significa conocer? La filosofía nace de la necesidad del hombre de hacerse preguntas radicales y de dar respuesta a ellas. Y de la insatisfacción frente a la forma en que se han planteado las preguntas y a las respuestas dadas. La historia de la filosofía es la historia del esfuerzo de grandes pensadores por proponer sistemas o marcos teóricos a partir de los cuales justificar las preguntas, proponer respuestas y argumentarlas de manera rigurosa. De una época a otra han cambiado los paradigmas o modelos filosóficos a partir de los cuales se plantean las preguntas y se argumentan las respuestas.

Para comprender mejor la diferencia entre las formas de pensar de la filosofía y la literatura, partamos, de un ejemplo. El problema del tiempo que ha sido un gran enigma para el hombre y por supuesto para la filosofía. Así que pensémoslo primero desde allí. Pero ¿por qué el problema del tiempo es un enigma? Porque a pesar de ser algo vinculado a la vida humana, pues no hay nada que hagamos que no se dé en un tiempo y todo lo que hacemos lo hacemos contando con él, éste no se deja fijar ni se deja asir para comprenderlo.

Aristóteles, San Agustín y Kant, para citar algunos ejemplos, ofrecieron una salida argumentada y razonada a las preguntas sobre el tiempo. Aristóteles se apoya en su sistema de la física para intentar demostrar que éste existe en el mundo, que somos nosotros y las cosas quienes nos hallamos inscritos en él; elabora una serie de argumentos, para demostrar que el tiempo está ligado al

movimiento de los seres, por lo cual está en el mundo; el tiempo se da en relación con el desplazamiento de lugar, con el cambio y los procesos que sufren los seres; además lo relaciona con la magnitud, lo cual significa que se puede medir, en cuanto es el lapso que tarda un cuerpo en desplazarse de un lugar a otro, una planta en crecer o un ser humano en envejecer.

Ahora bien, Aristóteles propuso la salida a una parte del problema, al tiempo del mundo, que tiene diferencias con la forma como el hombre vive y siente la experiencia del tiempo. Desde esta óptica el asunto ha sido analizado por Agustín quien inicia por la pregunta misma sobre el ser del tiempo. Leámoslo:

“¿Pero qué es el tiempo? -pregunta el filósofo- ¿Quién podrá fácil y brevemente explicarlo? ¿Quién puede formar idea clara del tiempo para explicarlo después con palabras? Por otra parte ¿qué cosa más familiar y manida en nuestras conversaciones que el tiempo? Entendemos muy bien lo que significa esta palabra cuando la empleamos nosotros y también cuando la oímos pronunciar a otros. ¿Qué es pues el tiempo? Sé bien lo que es, si no se me pregunta; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé”.¹

Son genuinas preguntas filosóficas las que hace Agustín. Podemos hablar del tiempo, y lo hacemos continuamente. Podemos decir “ayer fui a cine” o “estoy corto de tiempo” etc. Sin embargo, cuando nos preguntan ¿qué es? no sabemos responder. Es un conocimiento que asumimos en el día a día pero que no sabemos explicar. Algo que es obvio y natural para nosotros en nuestra vida cotidiana no sabemos explicarlo. Contamos con el tiempo, lo programamos, pero no sabemos decir qué es. Agustín añade otras reflexiones más: sabemos que las cosas pasan y pensamos por tanto que hay un tiempo pasado; y esperamos que otras cosas sucedan en el mañana; de modo que existen el presente y el futuro. “Pero – se pregunta- de esos dos tiempos, pasado y futuro, ¿cómo pueden existir si el pasado ya no es y el futuro no existe todavía?” (&14 p. 27).

La pregunta de Agustín es completamente pertinente y podemos hacérsela aquí nosotros. Si partimos del “ahora” en que estamos ¿en qué sentido podemos afirmar que existen el pasado y el futuro si el pasado ya se fue y el futuro aún no es? El presente mismo se nos va y deja de “ser”, cuando terminamos de

¹ Agustín. Confesiones. Madrid, Altaya. 1993. Libro XI &14, p. 327

decir "ya" éste ya no es; el presente que es el único tiempo que podríamos decir que existe, es fugaz, se nos va. Agustín aún se hace otra pregunta: pero decimos del tiempo que es largo o corto, sin embargo, si éste no existe, ¿cómo es que lo podemos medir? El filósofo resuelve todos estos cuestionamientos argumentando que el tiempo está en el alma, que es subjetivo. Que es el ser humano quien tiene en el alma un triple presente, un presente distendido (extendido), presente en el cual trae un pasado como recuerdo y proyecta un futuro. Agustín lleva a cabo una argumentación rigurosa para mostrar la forma en que el hombre vive la experiencia del tiempo. Ya no analiza la forma como éste se relaciona con las cosas sino como el hombre lo experimenta; lo analiza como algo vivencial, subjetivo y originado en el alma.

Por su parte, Paul Ricoeur ha demostrado que la sociabilidad ha sido un aspecto determinante en la constitución del tiempo y ha sido un motor de su medición, en cuanto busca la unificación de momentos de encuentro entre los hombres, tal como se observa en los días sagrados que existen en todas las culturas, en la datación de los calendarios, en las horas de funcionamiento de las instituciones y en los días y momentos del encuentro con los amigos, etc. El ordenamiento del tiempo es una necesidad social. Y la filosofía ha llamado la atención sobre ello y ha buscado la manera de explicarlo de manera argumentada y racional.

Como se puede observar, hay distintos criterios para abordar el tiempo, hay distintas formas de pensarlo, las cuales no son excluyentes, por lo que hay gran dificultad para hablar de "un solo tiempo"; hay distintos tiempos; por lo menos hay diferencia entre el tiempo de la cosmología, el tiempo de los relojes y el tiempo interior del hombre, según como lo afecta en la vida. Las diversas culturas tienen formas distintas de pensar, de sentir y de vivir en el tiempo. Entonces conviene tener en cuenta un tiempo natural, un tiempo social y un tiempo individual.

El tiempo en la literatura

A diferencia de la filosofía la literatura no propone teorías sistemáticas y organizadas, ni argumentos racionales, ni respuestas argumentadas. Es más, la literatura no ofrece respuestas, más bien presenta los problemas en toda su dimensión existencial. Ofrece conjeturas y reflexiones para interpretar y pensar esos problemas de la vida humana; y los presenta ligados a la acción y la pasión del hombre, en la forma en que los experimenta y los sufre.

Mientras el juego de lenguaje de la filosofía es racional y argumentativo, el de la literatura es un lenguaje de la ficción, de creación de metáforas y narraciones para presentar los problemas del hombre. La literatura opera de manera distinta, mostrando los problemas, exhibiéndolos, poniéndolos en evidencia, a través de una ficción, para llevar al hombre a pensar en ellos. Los presenta en la misma existencia humana, tal como se dan en ella; a través del juego de la ficción, nos propone personajes que son semejantes a nosotros, que realizan acciones como nosotros y a través de ellos, nos lleva a pensar. El juego de lenguaje de la literatura es la analogía: propone figuras narrativas o metafóricas semejantes a la realidad de la vida humana y de esa manera nos confronta. Ricoeur, que apoyó parte de sus investigaciones filosóficas en la reflexión sobre la literatura, demostró que ella funciona de manera semejante a como funciona el teatro y a como funcionaba la tragedia griega: exhibiendo los problemas y los conflictos de la vida humana frente a un público, como representación teatral, exteriorizándolos, volviéndolos objetivos y públicos en el escenario, y estableciendo una relación con el espectador que observa la obra, la interpreta y hace catarsis; comprende el problema y se conmueve por él.

De manera muy semejante operan la poesía y la narración: exhiben los problemas, los ponen al frente, de modo que nosotros, los lectores, los captemos, los comprendamos y nos enfrentemos a ellos. Con esta forma de operar la literatura ha hecho grandes aportes a la cultura; ha puesto en discusión ideologías y prácticas humanas controvertibles.

Así como existe una tradición filosófica que ha ido construyendo teorías, sistemas y métodos para abordar los problemas, mediante la construcción racional, existe una tradición en la literatura que ha ido estructurando unas formas poéticas y narrativas para enfocar los problemas. La poesía y la narración, a través de la ficción, y en su desarrollo ofrecen recursos para tener acceso a conflictos íntimos y profundos del hombre; por ejemplo, la autorreflexión por el monólogo interior permite indagaciones muy detalladas acerca de preguntas e inquietudes de la vida; las diversas clases de narrador en el cuento y la novela han sido un recurso invaluable para tener diversos tipos de acceso a esos conflictos; y el narrador polifónico, es decir que no se casa con un solo punto de vista, presenta varias propuestas de voces y de interpretaciones para que el lector las examine y asuma puntos de vista personales. La narración contemporánea es muy propensa a exigir ese trabajo del lector de participar en la obra y contribuir a analizar los problemas.

El mismo problema del "tiempo" que hemos considerado en la filosofía, lo podemos ver planteado por la literatura. Ella se lo plantea en su dimensión existencial y a través de la imaginación y la ficción, que implican la exploración y el ejercicio con mayor fuerza, ya no de la razón, de la que no se prescinde, sino de la imaginación y la afectividad. Y esto permite hacer nuevas aproximaciones a los problemas, que la literatura más que resolver deja planteados, abiertos, para invitar a la reflexión.

Numerosas son las obras literarias que se han planteado el problema del tiempo, pero en esta ocasión vale la pena apoyarse en las reflexiones que sobre ese aspecto esencial del hombre ha planteado el escritor checoslovaco Milán Kundera en su obra *La insostenible levedad del ser*. El problema que se plantea el escritor a través de la figura del narrador es la siguiente: ¿es el tiempo cíclico y repetitivo o por el contrario es pasajero y continua fluidez? ¿Vuelven los acontecimientos del mundo y de la vida a repetirse sin cesar en un círculo sin fin o todo pasa y fluye por una única vez, sin que vuelvan a repetirse? Acudiendo al mito del eterno retorno que había sido formulado en la filosofía por Nietzsche pero que ha sido expuesto de diversas maneras por las distintas culturas, Kundera lo narra de la siguiente manera "la idea del eterno retorno es misteriosa y con ella Nietzsche dejó perplejos a los demás filósofos: ¿pensar que alguna vez haya de repetirse todo tal como lo hemos vivido ya, y que incluso esa repetición haya de repetirse hasta el infinito! ¿Qué quiere decir este mito demencial?".

A decir verdad ésta es una pregunta que nos hemos realizado todos por lo menos una vez en la vida y se expresa en enunciados de la vida cotidiana, como los siguientes: "tengo la sensación de que este instante ya lo había vivido", "cuando llegué a ese lugar sentí que ya había estado allí" o "¿será que ya había vivido esto en otra vida?". En la obra, Kundera responde la pregunta por el significado del mito a través de las metáforas de la pesadez y la levedad, término este último que explica el significado del nombre de la novela: "El mito del eterno retorno viene a decir por *negationem*, que una vida que desaparece de una vez para siempre, que no retorna, es como una sombra, carece de peso, está muerta de antemano y, si ha sido horrorosa, bella, elevada, ese horror, esa elevación o esa belleza nada significan".

El significado del mito está en la exploración del hecho de que para el ser humano las cosas que tienen valor, que tienen peso y que son trascendentales

son aquellas que se repiten, que vuelven a ser y que no pasan como sombras. Sin embargo, el autor a través de la obra muestra cuatro aspectos de la condición humana ligados con el problema: Primero, que la vida deambula siempre entre el peso y la levedad, vivimos entre las dos vivencias. Somos vida dual, de peso y levedad; segundo, examina las inconveniencias que traerían para el ser humano una vida de puro eterno retorno; una vida en la que todo se repitiera siempre, en la que todo fuera peso. Tercero, muestra que la cultura privilegia el peso frente a la levedad, porque lo asume como el valor positivo y sugiere que esto no tendría que ser así, que podría considerarse la levedad como el valor positivo; de hecho la obra resalta el valor de la levedad frente al peso. Y cuarto, indaga sobre el origen de la inclinación al eterno retorno.

Los dos personajes centrales de la obra simbolizan la dualidad humana de vivir entre la pesadez y la levedad. En Tomás prima la levedad del ser, pues su encuentro con las mujeres es siempre pasajero, él goza de una relación estética y sexual con ellas, sin atadura alguna. Aún así, esas relaciones no carecen de valor, forman parte esencial de su vida, en cuanto le ayudan a ser feliz. Aunque ama a Teresa, ella representa un peso para él. Ella es la relación del eterno retorno, la que no le deja ser feliz, es la relación trascendente, la que lo ata. Otro aspecto de la novela representa también para la figura de Tomás el eterno retorno, lo permanente, la pesadez o la trascendentalidad. Se trata de su amor y su vocación por la cirugía. Teresa personifica el peso y la trascendentalidad. La personificación del peso por parte de Teresa lo lleva a cabo el narrador a través de alusión a la última frase "del último cuarteto" de una sinfonía de Beethoven, que hacía referencia a las ideas de *Es muss sein!*: ¡tiene que ser!; y *Der Schwer gefaste Entschluss*: "Una decisión de peso".

El autor plantea que en la vida de la pesadez hay tres conceptos relacionados como son "el peso", "la necesidad" y "el valor"; aquello que supone una necesidad para nosotros, un tener que ser, se convierte en un peso y una carga. Nos pesa, se nos hace difícil. Es aquello con lo cual tenemos que cargar. Mientras que lo liviano, lo pasajero, es lo que vivimos de manera menos trascendental, menos seria, más humana. Los seres humanos vivimos implicados tanto en la pesadez como en la liviandad. Pero tendemos a una o a la otra.

La obra propone dos fuentes importantes del peso: los impulsos, vocaciones o intereses interiores y la fuerza exterior del destino y la sociedad. Nacimos en un mundo que no elegimos, en una sociedad y un momento histórico que no

decidimos. Fue el destino que nos tocó vivir. Y la sociedad nos impone unas normas y unas formas de vida que no podemos escoger. Nos toca vivir en ellas. Y a esto le agregamos el destino y el tener que ser a que nos conduce nuestra propia forma interior, nuestras propias vocaciones. Y buena parte de la tarea de la vida es aprender a jugar entre la carga y el peso del destino y las levedades de lo cotidiano, de lo pasajero, de aquello que fluye en el acontecer diario y que no debe convertirse en una carga para la vida, de modo que nos ayude a llevar el peso de aquello que se vuelve necesario y trascendental.

Finalmente, la novela revela el origen de la idea humana del eterno retorno. Es la idea del hombre sobre el paraíso, la vida eterna, tranquila, sin conflictos, sin cambios fuertes. El paraíso es simbolizado por el idilio, que es el amor generoso, sereno, que no exige nada a cambio, que no ejerce fuerza o presión, que no espera que se haga del otro lo que queramos que sea. En palabras de Kundera: "Nosotros que hemos sido educados en la mitología del Antiguo Testamento, podríamos decir que un idilio es la imagen que nos ha quedado como recuerdo del paraíso: la vida en el paraíso no semejaba una carrera en línea recta que nos conduce a lo desconocido, no era una aventura. Se movía en círculo entre cosas conocidas. Su uniformidad no era un aburrimiento, sino un motivo de felicidad.

Mientras el hombre vivió en el campo, en la naturaleza, rodeado de animales domésticos, en el regazo de las épocas del año, de su repetición, quedaba aún dentro de él al menos un reflejo de ese idilio paradisíaco".

Pero el hombre ha sido arrojado del paraíso, ha sido llevado a vivir en la vida de cambios, de constante fluir, de sorpresas y de aventuras. Y ser arrojado del paraíso significa, tener conciencia de sí, contemplarse al espejo, reconocer su propia imagen, reconocerse a sí mismo, como Teresa, que "cuando niña, se ponía ante el espejo y trataba de ver su alma a través de su cuerpo". En el paraíso el hombre aún no era un hombre, vivía en el eterno retorno y no tenía conciencia de sí, no tenía conciencia del continuo fluir de la vida, de que es cambio, frustraciones, pérdidas, envejecimiento, aventura y muerte.

La inclinación al eterno retorno es la búsqueda del hombre por encontrar el paraíso perdido, aquél del que un día ha sido expulsado como conciencia de sí, conciencia que lo ha llevado a entender y a vivir la vida como puro fluir. Sin embargo el anhelo de eternidad o la nostalgia del paraíso le impiden aceptar que esta es su vida, que esta es su realidad, lo cual remedia mediante la bús-

queda terrena de lo trascendente, de lo permanente, de la pesantez, del eterno retorno. He aquí el gran conflicto temporal del hombre.

Encuentro de caminos

Si bien los dos campos del saber -el de la filosofía y el de la literatura- tienen diferencias, también hay entre ellos encuentros y cercanías; un campo del saber apoya el otro; lo alimenta. La filosofía se ha apoyado en los recursos de la narración y de la poesía para poner a prueba sus teorías y para desarrollar los argumentos. Y la literatura parte de los problemas de la vida y, en ocasiones, de problemas filosóficos, que explora de una manera distinta y muestra la forma en que ellos se presentan en la existencia humana. El problema del presente y de la fluidez del ahora lo había formulado Agustín. Y el problema del eterno retorno lo planteó Nietzsche. Pero Milán Kundera a través de la narración lo explora y lo analiza. Lo despliega en todo su valor existencial. No propone argumentos racionales para que lo comprendamos sino que nos lo presenta en la forma como nos afecta en la vida. La literatura lleva los problemas filosóficos a su raíz, al lugar donde nacen: el de la vida.



Olga-Lucía Londoño P.

¿Para qué filosofía en tiempos de penuria?

Carlos-Alberto Ospina H.

Hablar de crisis es promoverla, y callar en la crisis es exaltar el conformismo.
Albert Einstein

Resulta casi una perogrullada afirmar que el hombre es un ser perpetuamente insatisfecho. Siendo así, es de esperar que siempre lo acompañe un profundo sentimiento de desazón con las cosas como están, consigo mismo y con el mundo, y de esta forma experimenta la crisis. Pocos han creído algo distinto, quizás Platón, aunque solo cuando describió el hombre cavernícola que se satisface con las sombras; el siervo medieval creyéndose rey de la creación o Rousseau cuando habló del hombre como un ser bueno por naturaleza. Pero casi todos los pensadores nos muestran diferentes imágenes del hombre como un ser originalmente abatido y desolado; antes de la conquista del fuego, expuesto a las inclemencias del tiempo y al acecho de las fieras y, desde siempre, víctima del pavoroso poder de la naturaleza y, lo que es peor, de la injusticia y la violencia que sobre él ejercen sus propios semejantes. La corrupción de los individuos y las costumbres y el deterioro de las instituciones creadas para vivir mejor en sociedad, parecen configurar hoy en día la crisis de la que hablamos. Pero en todas las épocas el hombre ha enfrentado crisis; no es, entonces, un mal que hoy en día nos haya caído solo a nosotros. Aún más, aquí se quiere defender la tesis



según la cual *lo propio de la naturaleza humana es mantenerse en medio de la crisis y el tiempo del hombre siempre es tiempo de crisis, por ello su capacidad de pensar surge de todo impulso vital que busque sobreponerse a ella.*

La única vez que no estuvo en crisis fue durante el extrañísimo y corto tiempo transcurrido en el paraíso antes de la caída, pero todo indica que aquella vez en la que aparecieron esas criaturas sin deseos, aún no eran verdaderamente humanas. La falta cometida por el primer hombre y la primera mujer fue haber comido el fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y el mal; después de ello “abrióronse sus ojos”, vale decir, obtuvieron, así, de manera ilícita, el conocimiento. El saber, entonces, constituye algo semejante a la cura de la aflicción que causó la expulsión del paraíso; desde ese momento el hombre nunca ha podido tener sosiego y, con el trabajo, todos los días tiene que luchar por moldear el mundo a la medida de sus deseos, en los que jamás deja de pensar, porque vivir es desear y, así, vivir y pensar es lo mismo. Sin embargo, el abatimiento humano no debe atribuirse a su expulsión del paraíso, sino que es constitutivo de su propia condición mortal.

Platón y Aristóteles consideraron al hombre un ser que desea y ama saber por naturaleza, buscando aproximarse así a la condición divina. Como los dioses nada necesitan, no desean, pero tienen sabiduría; mientras que los hombres, al carecer de sabiduría, sí desean saber, además porque necesitan saber para vivir. Nietzsche habló de una fuerza dionisiaca, indomable, natural, donde todo es uno, unidad que se rompió en mil pedazos. El principio *individuationis* fue un desgarramiento doloroso de esa unidad, pero necesario para el surgimiento de los individuos. Y en cada uno queda gravada para siempre la necesidad de retornar a la unidad perdida. Freud ve al hombre movido ante todo por la pulsión de muerte que la pulsión de vida intenta en vano domeñar. Para Heidegger el hombre es constitutivamente preocupación, inquietud, desasosiego. Siendo así jamás está satisfecho con lo que es ahora, la inquietud no permite a la existencia disolverse en su presente y ella proviene, más bien, de una tensa relación con el tiempo. Cuando la tensión es liquidada en beneficio de un pasado o un futuro vistos como *realidades fijas* que nos lleva a lamentar el paso de uno y a angustiarnos por la incertidumbre del otro, es cuando nos abate la desazón. Este aburrimiento se da cuando no hay nada intenso, que es una forma poco creativa como se manifiesta del desasosiego al que pertenece el hombre. Cuando vemos el pasado y el futuro como *posibilidades* abiertas y

flexibles, no como realidades, es cuando nuestra historia se vuelve fuente de valiosas experiencias para la vida, y nuestros sueños les imprimen sentido y fuerza a lo que hacemos en el presente.

George Steiner en un pequeño libro titulado *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*, nos recuerda que Schelling, entre otros, atribuye a la existencia humana una tristeza fundamental, ineludible y su vida es un perpetuo esfuerzo por escapar de la pesadumbre y de la congoja, vale decir, es el intento por ser feliz. Resultado de sus empeños son las creaciones culturales: el saber común, la religión, el arte, la filosofía, la ciencia, la técnica. Todas son formas de dar vida, de mostrar sensiblemente a los demás sus fantasmas, sus deseos hechos materia, encarnados en acciones, creencias, ideas e imágenes del mundo. Y todas esas formas están atravesadas por el pensamiento; ningún ser humano mientras vive puede dejar de pensar y de querer ver convertidos en realidad sus pensamientos. Es la manera de sentirse feliz; aunque no sabemos propiamente en qué consiste la felicidad, aceptamos con Aristóteles que ella es la capacidad de actuar y la posibilidad de poder luchar por lo que deseamos. Ni es la felicidad inocente del paraíso perdido, ni la felicidad prometida por fuera o más allá de la existencia.

Hans Blumenberg dice: "Podemos sentirnos felices de no saber que es la felicidad. Si lo supiéramos, podríamos estar seguros de que nadie la alcanzaría, porque todos querrían tener lo mismo". Dado, entonces, que no sabemos lo que es la felicidad, cada uno intenta llegar a ella a su manera, por eso la humanidad se llega a convertir en la especie caracterizada por poseer la más asombrosa variedad de ensayos para ser feliz, todos los cuales forzosamente deben atender al hecho de que sin hacer feliz a los demás será imposible ser feliz a su manera. Cada ser adopta un modo de ser de donde parte para enfrentar la crisis y cada modo de ser vale tanto como los demás; cada uno tiene su manera particular de actuar en el mundo, de pensar y soñar el mundo. Así que interrogar ¿para qué la filosofía en épocas de crisis?, es equivalente a preguntar ¿para qué el arte, para qué la ciencia, para qué la religión? Si estas otras actividades no merecieran también ser interrogadas en el mismo sentido sería asumir que ellas si están enfrentando la crisis, mientras que la filosofía no. Quizás cuando se le interroga a ella tan enfáticamente, es porque la suponemos un saber especialmente dotado para ver mejor que cualquiera otro lo que hay que hacer en momentos de crisis o de barbarie como la que vivimos ahora. Pero no es así. El

valor de la filosofía radica en que posee herramientas y recursos racionales tal vez mayores y más ricos que aquellos de los que disponen los demás intentos por ser feliz, pero no porque esos recursos resulten más iluminadores que otros, por ejemplo, que los del arte e incluso que los de la sabiduría práctica. Son recursos distintos que a veces nos entregan fantasías y “versiones del mundo”, como diría Nelson Goodman, muchas veces mejores que las del político, el científico o el técnico, pero otras veces son peores y posiblemente con consecuencias más terribles.

Hoy preguntamos ¿para qué la filosofía en épocas de crisis?, y respondemos para acompañar a los demás realizaciones humanas en la búsqueda de ficciones, fantasías y fábulas de una vida buena, de un mundo mejor para todos. Y ella es valiosa en épocas de crisis justamente porque sus elaboraciones son distintas, son críticas, y no las mismas de la ciencia o la técnica. Un elemento sobresaliente de la indigencia en que estamos es precisamente el que la filosofía haya terminado por creer que aporta nada para enfrentar si no interviene de modo práctico en los asuntos críticos y si, y ello es su peor penuria, toma como paradigma de corrección el proceder de la ciencia, porque acaba convencida de que el asunto es la verdad de los hechos, y no comprende que los contenidos de la ciencia también son versiones del mundo o que -como dice Steiner- “los seres humanos no podrían resistir sin lo que Ibsen llamó *las mentiras de la vida*. Un pensamiento limitado a proposiciones lógicas, óptimamente expresado de forma no verbal, o a realidades demostrables, sería locura. Inventamos modos alternativos de ser, otros mundos, utópicos o infernales. Reinventamos el pasado y “soñamos hacia adelante”, para esto está la filosofía. Si creemos que con ella o con el arte, por ejemplo, se hace lo mismo que con la ciencia y la técnica, entonces, si cabe preguntar ¿para qué la filosofía?, ¿para qué el arte?

En este sentido la antropología filosófica puede ser definida como la filosofía del “después de”, pero la completa veracidad, la completa transparencia de pensamiento solo pertenece a los animales. El hombre miente, crea, concibe y representa ficciones para la felicidad, como algo inherente a su naturaleza humana, dice Steiner. Si aceptamos, con él, la tesis, esbozada al comienzo, de que el pensamiento es estrictamente inseparable de una “profunda e indestructible melancolía” (Schelling), de una pesadumbre que es así mismo creativa y que “la existencia humana, la vida del intelecto, significa una experiencia de esta melancolía y la capacidad vital de sobreponerse a ella”, entonces la vida del

mundo noble y distinguido no es, en realidad, otra cosa sino “una permanente lucha desesperada contra el tedio y la tristeza” (Schopenhauer). Para Odo Marquard el hombre no es perseguidor de metas, sino más bien alguien que escapa de sus defectos; el hombre es primero un chapucero que, secundariamente, debe hacer una cosa en vez de otra cosa. En este sentido la antropología filosófica puede ser definida como la filosofía del “en vez de”. Quien dijo que ¿lo que cada uno de nosotros hace, piensa y dice es lo que en verdad hay que hacer? Uno hace y se identifica con lo que mejor interpreta sus deseos y lo que sueña que debería ser el mundo, con lo que mejor nos sienta. Por ello la filosofía debería entregar contenidos, imágenes de pensamiento que sirvan como motivos para conversar con los demás sobre la realidad y el mundo, nuestro y el de los otros; pero ninguna escuela tiene porque imponer “su” versión como la única correcta y verdadera. Dos hermanas, Scheherezada y Doniazada, salvaron su dignidad y sus vidas contando cuentos, inventando historias; ¿por qué, entonces, no esperar que la filosofía aporte mucho a la felicidad del hombre asumiendo que sus teorías no son tan trascendentes, tan serias y ceremoniosas con la verdad racional como para no afectar el tráfigo de la existencia misma? Se decía que “al ponerse el sol, Sócrates cantaba”, vale decir, al verse libre de la pesada obligación de tener que cuidarse de hablar siempre sabiamente, de nunca mentir, de tener que estar cuidando el bien de la ciudad o enseñando cosas interesantes y edificantes, pudo dedicarse a disfrutar de las apariencias sensibles del mundo que le permiten gozar también de sus sentidos, vale decir, de su existencia mortal y finita. Que a la tristeza constitutiva de lo humano no le agreguemos la tristeza del pensamiento.

¿Qué nos hace pensar que sólo la filosofía o la ciencia podrían dar salidas originales?, que ¿nuestras ideas y creencias son más correctas que otras?, ¿que todos los infinitos intentos de solución que la humanidad ha dado son un fracaso y nosotros sí podríamos, por fin, tener la respuesta adecuada? La crisis está en nosotros y la barbarie del mundo refleja los intentos de hallar felicidad sin contar con los demás, de acallar sus distinta versión del mundo, de imponerles “nuestros sueños” sin acoger sus fantasmas, sin atender a que el suyo es un modo de existir y ser, diferente, pero no peor o mejor que el de nosotros. Aunque tampoco se trata de ir aceptando las acciones de los otros que nos causan daño y afectan la vida social; recordemos que el propósito es ser felices con los otros, no a costa de ellos y, por tanto, nadie tiene derecho a buscar la

realización de sus aspiraciones a costa de la existencia de los demás. En este sentido la crisis también está en los otros (“el infierno son los otros” decía Sartre) y es cuando la filosofía en época de penuria es necesaria para enfrentar críticamente las soluciones que los demás individuos o sistemas de poder quieren “imponer”, y para evaluar autocríticamente las nuestras.

Si casi todo se ha dicho y se ha intentado, ¿por qué entonces no procurar que no nos agobie demasiado el afán de tener pensamientos e ideas “originales”? Es mucho más importante, y esto en verdad si transforma el mundo, saber decir lo que sabemos o poder comunicar la manera como hemos logrado escapar, las veces que hemos podido hacerlo, de la tristeza constitutiva que nos acompaña. La originalidad está en el lenguaje, en el decir, en la expresión y es de ahí de donde brotan, con el saber común, las religiones, el arte, la filosofía y las ciencias; las distintas imágenes, estilos, pensamientos y singulares modos de narrar las múltiples experiencias vividas, porque en el corazón de la crisis misma también está que las experiencias vividas son remplazadas por teorías sobre esa experiencia y por ello, nos vemos obligados a tener que depender del saber de expertos, como los de las modernas ciencias “cognitivas”, para que nos diga qué nos pasa a nosotros y cómo debemos actuar en el mundo. Expertos del lado racional, los asesores y técnicos, y del lado irracional, los brujos, adivinos y consejeros espirituales de todo tipo.

¿Para qué, entonces, filosofía en época de crisis? Para que nos enseñe de nuevo a pensar, asumido como un oficio más simple, menos publicitado y útil que el de la ciencia y la filosofía profesional. Este pensar, más alegre y jovial, no está sólo al servicio del conocer sino también de la existencia individual y social del hombre; no tiene demasiado prestigio, ni impresiona tanto como el pensamiento calculador; no sirve para salir adelante en los negocios, no aporta nada útil y, sin embargo, transforma el mundo. ¿En qué lo transforma? El pensar transforma las cosas cotidianas y familiares en un enigma, descubre la hondura y oscuridad de las cosas cuando son en verdad las cosas del hombre; pensar es retornar a la fuente de todo pensamiento, al asombro mismo de cuyo fondo brotan las cosas que tienen sentido para lo que cada uno de nosotros hace. Este pensar no produce nada técnico y, sin embargo, es acción porque es el modo de ser más fundamental en el mundo; es amar las cosas y las otras personas por las que uno vive, por eso uno piensa tanto en aquello que ama. Cuando las cosas de consumo se malogran o se extravían sólo se lamenta el

dinero que se perdió, pero no la pérdida de las cosas mismas, pues ellas pueden ser reemplazadas sin ningún problema. Pensar es habitar el mundo y el mundo se habita descubriéndolo como el lugar de todas las posibilidades de ser; descubrimiento que también es obra del pensar, pues éste muestra lo que cada cosa es para el hombre, el ser de cada cosa. Y es aquí justo cuando poetas y pensadores terminan ocupándose de lo mismo.



Olga-Lucía Londoño P.

Rafael Gutiérrez-Girardot (1928-2005)

Antonio García-Lozada

La vida: plenitud vital

Rafael Gutiérrez Girardot nace el 5 de mayo de 1928 en Sogamoso, Boyacá, hijo de Rafael María Gutiérrez y Anita Girardot. A los cuatro años de edad queda huérfano de padre y su abuelo materno Juan de Dios Girardot pasa a ser protector y maestro en sus años de infancia y juventud. Los años transcurridos en Tunja durante sus estudios de primaria y secundaria, a pesar de la pérdida irreparable de su padre, fueron definitivos en su formación vital e intelectual, gracias al constante apoyo moral y didáctico de su abuelo don Juan de Dios. Quizás sea más justo decir que fueron decisivos para que Rafael Gutiérrez-Girardot viera su formación como un solo crecimiento, en el cual la experiencia vital era necesariamente un gozo intelectual, y el deleite intelectual era una plenitud vital. Esta circunstancia biográfica¹ nos permite llegar a lo que parece la piedra de toque necesaria

Cfr.: "Pensamiento colombiano del siglo XX". Ed. Instituto Pensar, Universidad Javeriana, Bogotá 2008, pp.393-413

¹ Los datos biográficos que aparecen en este texto, fueron proporcionados por Rafael Gutiérrez Girardot en varias de nuestras charlas, pero en particular, en los múltiples encuentros que sostuvimos durante un semestre que comenzó en la primavera de 1990 en la Universidad de Maryland, College Park, cuando fui su alumno, además de datos consignados en el epistolario que intercambiamos por veinte años.

para percibir un aspecto fundamental en la personalidad de Rafael Gutiérrez Girardot que habría de dominar su actitud literaria y crítica a lo largo de su vida. La fuerte conciencia de solidaridad social y moral comenzó en su hogar, inculcada por el abuelo, y devino en el gusto que Gutiérrez-Girardot profesó a cuestionar constantemente criterios impuestos por cualquier tipo de dogmatismo, crítico-literario, político o puramente social. Rasgo sobresaliente en su conducta que pudiéramos considerar el efecto muy mediato de las enseñanzas de don Juan de Dios Girardot.

A los dieciocho años, Rafael Gutiérrez-Girardot parte para Bogotá e ingresa a la facultad de derecho de la Universidad del Rosario y asiste al Instituto de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Al año de haber llegado a Bogotá, como lo anota su entrañable amigo Rafael Humberto Moreno-Durán (Tunja, 1946-2005), se distingue entre sus condiscípulos por su personalidad y prodigiosa intuición artístico-crítica.² Del Colegio del Rosario a la Universidad Nacional, la popularidad de Gutiérrez-Girardot entre amigos y condiscípulos no hizo sino crecer. En 1947, cuatro recién ingresados estudiantes -señala Moreno-Durán- se turnaban las aulas que eran de derecho de día y de filosofía de noche en la Universidad Nacional: Gabriel García Márquez (1928-), Camilo Torres (Jorge Camilo Torres Restrepo, 1929-1966), Hernando Valencia Goelkel (1928-2003) y Rafael Gutiérrez-Girardot. Ocho años después, se reencuentran en las páginas de la revista *Mito*, fundada por Jorge Gaitán Durán (1925-1962), en 1955 y, considerada como la puerta de entrada de la intelectualidad colombiana al vanguardismo.³ Tres de sus pilares fallecieron de 2003 a 2005: Fernando Charry-Lara (1920-2004), Hernando Valencia-Goelkel y Rafael Gutiérrez-Girardot.

Rafael Gutiérrez-Girardot llega a Madrid, España, en octubre de 1950, cursa estudios de filosofía en las clases de Xavier Zubirí (1898-1983) y sociología, filosofía del derecho y ciencias políticas en el Instituto de Ciencias Políticas de Madrid. Posteriormente, en 1953, se traslada a Friburgo, Alemania, invitado personalmente por Martin Heidegger (1889-1976), ingresa a estudiar en la Universidad Friburgo de Brisgovia y se doctora con la tesis *Poesía y prosa de*

² Moreno-Durán, Rafael Humberto, *Aleph*, No. 134, pp. 8-9, Manizales, Colombia.

³ Moreno-Durán, *Aleph*, No. 134, p.12.

Antonio Machado, dirigida por Hugo Friedrich (1904-1978). En 1953 contrae matrimonio con Marliese, una dama alemana con la que tiene dos hijas: Martella y Bettina. Luego se vincula como profesor en el Instituto Iberoamericano de Gotemburgo, en Suecia, anexo a la Universidad. Entre 1956 y 1966, en medio de su ejercicio diplomático en la embajada de Colombia en Bonn, cofunda con Francisco Pancho Pérez González (Buenos Aires, Argentina, 1926) la editorial Taurus en 1959. Regresa a Bogotá en 1966 y durante los tres siguientes años enseña alternadamente en la Universidad Externado de Colombia, la Universidad La Gran Colombia, el Instituto Caro y Cuervo, y dirige un seminario sobre Hegel en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes. En abril de 1970 se traslada de nuevo a Alemania cuando se le nombra profesor titular del departamento de Hispanística de la Universidad de Bonn. Allí residió hasta el 27 de mayo de 2005, día de su fallecimiento, como profesor emérito. A manera de resumen, su actividad profesoral fue amplia: enseñó, entre otras instituciones, en la Universidad de Bochum, en la Universidad de Münster, en Barnard College de la Universidad Columbia en Nueva York y en la Universidad de Maryland en College Park.

El maestro

Hablar sobre una de las mentes más lúcidas, originales, ordenadas y generosas de Colombia, Hispanoamérica y del mundo, es un compromiso realmente serio. Nuestro intento en el presente texto es dar testimonio sobre algunos aspectos de la belleza de una vida dedicada a la cultura y a la educación y, sobre todo, los aportes que nos brindó Rafael Gutiérrez-Girardot con una prosa que al rigor científico unió la fluidez de un pensamiento ordenado, la universalidad de una erudición puesta al servicio de las ideas, y la gracia de un estilo rico en giros del lenguaje y ecuánime en el momento de proponer definiciones o de llegar a conclusiones que son la madura y plena coronación de las premisas bien argumentadas. Diversas son las lecciones que otorgó el magisterio de Rafael Gutiérrez-Girardot: su modestia auténtica y no fingida, que sabía escuchar antes que pontificar; su discreción y su elegancia espiritual, transmitida tanto en el aula de clases como en la conversación de café. Igualmente legendario fue su heterodoxo horario de trabajo, que supo conquistar para establecer con la complicidad del silencio las conversaciones que requerían los libros y autores a estudiar. Además, detrás de esa imagen aparentemente severa que dejó con-

signada en muchos de sus ensayos, se hallaba un ser de inmensa calidad humana, curioso, virtud que le permitió ser un agudo escritor, un historiador y un crítico que nunca dejó de crecer cualitativa y cuantitativamente.

Cuando Rafael Gutiérrez-Girardot fallece en el año 2005, a la edad de 77 años, era profesor emérito de la Universidad de Bonn, una de las altas posiciones de la academia alemana y europea. A esa edad, continuaba siendo un maestro en esencia, crítico activo, con sus iluminadores y provocadores análisis de la historia y cultura a los dos lados del Atlántico y se había convertido ya en una institución. Sus conferencias siempre atrajeron a grupos diversos, pero ante todo estudiantes. Gutiérrez-Girardot fue una figura de estatura internacional, universal, un maestro moderno. Pero no hay quién deje de preguntarse, ¿maestro de qué o por qué? Él siempre estuvo convencido -como lo fue en su momento el escritor y político uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917)- de que la educación es la única salvadora de los pueblos. Y estuvo convencido también de que la inmensa labor humanística por emprender dotaría a la juventud de América Latina de un heroísmo intelectual sin precedentes. Al proporcionarle herramientas, la juventud suscitara la discusión y la crítica. Gutiérrez-Girardot fue ejemplar en este sentido: compartió lecturas, escritos, sabiduría y calidad humana. Para botón de muestra, en su ensayo *Universidad y sociedad* afirma:

Para establecer una relación entre universidad y sociedad en los países hispánicos, es necesario demostrar a esas sociedades que el saber científico no es comparable con un dogma, que es esencialmente antidogmático; que el provecho inmediato del saber científico no es reglamentable ni determinable por ningún grupo de la sociedad, sino que surge de la libertad de la investigación, de la libertad de buscar caminos nuevos (...) el saber científico y la cultura no son ornamentos, sino el instrumento único para clarificar la vida misma del individuo y de la sociedad, para 'cultivarla' y, con ello, pacificar y dominar la 'violencia' implícita en la sociedad moderna burguesa, esto es, en la sociedad que todos son medios de todos para sus propios fines, en la sociedad 'egoísta'.⁴

La consistencia moral, su fe y constancia en defender sus principios -en cuanto a la educación- aparecen recurrentemente a lo largo de sus reflexiones.

⁴ Gutiérrez Girardot, Rafael. *Universidad y sociedad*. En *Argumentos*, Bogotá, No. 14-17, 1986, pp. 64-65.

En una entrevista, que concedió a Enrique Foffani, Gutiérrez-Girardot puntualizó que: “generalmente escribo para el público estudiantil porque escribir para los colegas es inútil. Los colegas no van a cambiar jamás. (...) Walter Benjamin (1892-1940) escribió que convencer es infructuoso. Cuando se escribe en cambio para los estudiantes y se escribe críticamente, cuando se encuentran necesidades, el simple hecho de formularlas provoca la risa y el humor”.⁵ De ahí que, sin lugar a dudas, su labor docente se ubique en ese mismo núcleo de Rodó, esto es, en desarrollar un *ethos* académico que se traduce en responsabilidad moral del profesor y del estudiante. La educación debería -según Gutiérrez-Girardot- democratizarse, estar en permanente reforma, fomentando el conocimiento y la producción intelectual con instrumentos que faciliten el aprendizaje y la base formativa de la juventud.⁶ En resumen, quienes tuvimos el privilegio de escuchar en el aula sus estimulantes lecciones confirmamos que las distintas vertientes de su vocación pública: filólogo, crítico literario, historiador de la cultura y de las ideas, humanista, educador, traductor, maestro universitario y conferencista, convergían en un solo punto: la tarea de orientar al pueblo y especialmente a la juventud, hacia el conocimiento y desarrollo de la propia personalidad con base en la verdad y la moral, y el encauzamiento de la sociedad por senderos democráticos, de paz y armonía. La importancia de su ejemplar magisterio, más que una deconstrucción de los rótulos en boga en la historiografía literaria, fue su integridad como educador y constructor de una crítica siempre renovada e independiente que no debemos perder de vista.

Ideario

Son muchas las facetas de su personalidad y de lo que fue su quehacer. Aquí nos limitaremos a presentar algunos rasgos que intentan contribuir a una mejor comprensión del trabajo intelectual de Gutiérrez-Girardot. Por un lado, cabe destacar su pasión por la historia cultural hispanoamericana y, por otro, con todos los medios a su alcance, aspiró a orientar a nuestras sociedades para que logaran un destino superior y más prometedor para todos. A manera de

⁵ Foffani, Enrique. Entrevista a Rafael Gutiérrez Girardot. En *Revista de Lengua y Literatura*, Universidad Nacional de Comahue, Argentina, Facultad de Letras y Humanidades, VIII, 15-16, 1994, pp. 89-106, 1994.

⁶ Vivas Hurtado, Selnich. Diálogo con Rafael Gutiérrez Girardot. “Todo lo contrario a la razón es la autoridad”. En *Revista Universidad de Antioquia*, No. 235, enero-marzo, 1994, pp.8-9.

preámbulo, cabe señalar por ejemplo, juicios ecuanímenes como los del colombiano Moreno Durán, quien puntualiza que “Gutiérrez Girardot no se limita, empero, a monopolizar territorios ni a colonizar parcelas con ese lastimoso afán que caracteriza a los ‘especialistas’ y académicos que se apoderan de ciertos temas como si fueran bienes inalienables”.⁷ Al norte de nuestro continente, el ampliamente reconocido poeta y narrador mexicano José Emilio Pacheco (Ciudad de México, 1939) en una emocionada evocación nos dice: “Lo único que lamento de las incursiones siempre fascinantes por sus escritos es que no puedo discutir a fondo con él porque no tengo ni tendré ya nunca sus conocimientos”.⁸ El mismo Pacheco lo elogia y lo eleva por encima del mirador olímpico de Goethe en Weimar y observa que Gutiérrez-Girardot nos “permite considerar la existencia de una literatura que modestamente llamaríamos ‘planetaria’ ya nunca más universal”.⁹ No obstante, el ideal de Gutiérrez-Girardot era insistir en la apremiante necesidad de que América Latina afirmase su propia personalidad frente a cualquier otro país o continente, como único medio de hacerse respetar y evitar la invasión deformante de la cultura de ellos. Aspiró siempre a despertar conciencia de la América hispana con el sentimiento profético de la cabal grandeza de sus destinos, pues la América de cultura y tradición latinas debería esforzarse en ser ella misma en la vida de la civilización. En esa línea americanista se inscribe la porción reflexiva más notable de Gutiérrez-Girardot.

Por otra parte, conviene recordar brevemente un momento clave que contribuye al perfil de su formación intelectual. Desde su llegada a Madrid, en 1950, trabó estrecha amistad con el bumangués Hernando Valencia-Goelkel, el norsantandereano Eduardo Cote-Lamus (1928-1964), el nicaragüense Ernesto Sánchez-Mejía (1923-1985) y el catalán Juan Goytisolo (1931-),¹⁰ lo cual generó un ámbito propicio para la lectura infatigable y la búsqueda de proyecciones nuevas. Este hecho de pertenencia a un grupo y, por ende, a la aspira-

⁷ Moreno-Durán, Rafael Humberto. Los argumentos del francotirador. En *Caminos hacia la modernidad. Homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*, Vervuert, 1993, p. 39.

⁸ Pacheco, José Emilio. Prólogo. En *Rafael Gutiérrez Girardot, Modernismo, supuestos históricos y culturales*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 14.

⁹ Pacheco. Op. cit., p. 15.

¹⁰ Goytisolo, Juan. *Coto vedado*. Barcelona, Seix Barral, p. 181. 1985.

ción de construir una continuidad de estudios literarios vinculados a una cultura, a un momento histórico, generó su interés por encontrar y consolidar los elementos esenciales de la identidad cultural de los países hispanoamericanos. No estaríamos exagerando al decir que el humanismo de Gutiérrez-Girardot, a raíz de estas relaciones, evolucionó en los días de su vida en España. Fue en esta etapa fundamental de su formación en la que afirmó su creencia en la universalidad de la cultura hispanoamericana, y su voluntad de fortalecerla para lograr su inserción en el amplio mapa de las letras universales. Estas inquietudes quedaron plasmadas desde sus tempranos libros: *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955) y *Jorge Luis Borges, ensayo de interpretación* (1959).

Otro punto a destacar, y que no se aleja de lo antes mencionado, es que Gutiérrez-Girardot por aquellos años se unió al grupo hispanoamericano que colaboró alrededor de la revista *Mito*, fundada en 1955 por el poeta Jorge Gaitán-Durán y que se caracterizó por una cualidad de valor inicial indiscutible, si bien de mérito muy diverso y abierto a todas las apreciaciones, en cuanto a la realización personal: la disciplina y el rigor. La disciplina en el trabajo y en la obra; la creencia de que las cosas deben saberse bien y aprenderse de primera mano, hasta donde sea posible; la convicción de que la actividad de pensar como la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa, por lo común laboriosa, difícil de adquirir y dominar, absorbente, y sin la cual ningún producto de la inteligencia es duradero; el convencimiento de que ni la filosofía, ni el arte, ni la literatura son mero pasatiempo o noble escapatoria contra los aspectos diarios de la vida, sino una profesión como cualquier otra, a la que es ley entregarse del todo, si hemos de trabajar en ella decentemente, o no entregarse en lo mínimo. De hecho, la "profesionalización del escritor" o "la formación del hombre de letras" fue tema de sus reflexiones. Así lo confirman puntualmente las conferencias que dictó en el departamento de Filosofía de la Universidad Nacional en 1987. En estas conferencias, se halla un punto sumamente importante en su ideario: la vinculación del escritor con su sociedad, con su pueblo. Es decir, la tarea de divulgar considerablemente la literatura y en consecuencia crear un amplio público lector. Gutiérrez-Girardot nos ubica este planteamiento dentro del contexto histórico social y cultural hispanoamericano, subrayando sus especificidades, frente a la mezcla de terminologías trasplantadas de Europa que habían reducido notablemente la real valoración

del oficio y la obra profesional del escritor, del intelectual, en un medio igualmente deshumanizado.¹¹

Desde esta perspectiva, sobresale también la concepción de que el conocimiento de la literatura debe ser encarado como un estudio de conjunto, que procura caracterizar las obras literarias relacionadas entre sí agrupadas por épocas, insertas en el medio histórico que las engendró, y proyectadas sobre el fondo en que fueron conocidas. A partir de ese intento de comprensión, Gutiérrez Girardot elabora dos conceptos capitales, tradicionalidad y ruptura, que pudieran considerarse pilares en su ideario. Los ensayos publicados en *Mito* son muestra de esta rigurosidad y método que consistieron en retrotraer los textos a su prístino estado y comprenderlos dentro del ambiente histórico y cultural en que fueron creados. Ambos principios sentaron, en gran parte, la base de su pensamiento crítico y según lo afirma el mismo Gutiérrez-Girardot hubo, además, en *Mito* una convivencia intelectual que estaba enmarcada en una apertura al mundo,¹² y ella dotó de vigor y continuidad a esa tarea, conjunta en el inicio, aunque luego fue abriéndose a diferentes manifestaciones: arte, cine, poesía, investigación filológica, interpretación histórica colindante con la historia de las ideas, o el enfoque integral de todos los aspectos, históricos, ideológicos, literarios y lingüísticos.

Gutiérrez-Girardot buscó las características que eran comunes a nuestra experiencia americana, se hundió en el estudio de nuestra historia y emergió de su viaje subterráneo con una serie de datos y de ideas indispensables para el entendimiento de nuestras culturas, para el desarrollo de rasgos originales y el fortalecimiento de los lazos que nos unen con otras culturas. La lengua común -o sus declinaciones- nos da una cosmovisión que presenta asombrosas similitudes y nos entrega los vastos territorios de una patria que tiene abiertas siempre las puertas de la comunicación. Por ese camino llegó Gutiérrez-Girardot al horizonte europeo y afirmó su pasión por la filología, ciencia a la que se entregó con fervor humanista y con verdadero rigor de científico social. No fue un

¹¹ Gutiérrez Girardot, Rafael. *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá, Ediciones Cave Canem, 1989.

Gutiérrez Girardot, Rafael. La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX. En *El intelectual y la historia*, Caracas, Fondo Editorial La Nave Va, 2001, pp. 57-64.

¹² El Tiempo.com / Lecturas, 21 de abril de 2005.

disector de cadáveres lingüísticos sino un galeno que sabía intervenir en el *corpus* literario, a fin de contemplar su esencia, y encontrar respuestas que se deducían de los mismos textos sin imposiciones o pretextos “dorados”. De este modo, se aproximó a la literatura hispanoamericana y europea, a los matices de las palabras y concibió al lenguaje como una manifestación profunda de las circunstancias históricas y de las realidades sociales. De ahí su amor por la frescura y la riqueza expresiva del habla nativa del mundo latinoamericano inserta en la poesía, como en el caso de *Canciones de hogar* o *Los arrieros*, poemas de César Vallejo (1892-1938),¹³ o de subrayar la riqueza expresiva en *El Aleph* (1949), de Jorge Luis Borges (1899-1986) como crítica del lenguaje,¹⁴ o la expresión poético-filosófica de Antonio Machado (1875-1939).¹⁵ Sabía que uno alimentaba al otro, que la cultura libresca, académica, de Borges, o la aproximación filosófica de Machado o la cultura popular que rescataba Vallejo mantenían -o debían mantener- un constante juego de influencias y conexiones. Si este juego no se realizaba, la expresión literaria languidecía y se volvía un simple ejercicio de retórica vacía, “jactancia castiza” y la cultura popular corría el peligro de desaparecer o de desfigurarse por la acción de un comercialismo que todo lo enajena, cosifica y desnaturaliza.

Las referencias puntuales y las citas bien traídas que se encuentran tan a menudo en sus ensayos echan por tierra los reproches que se le hicieron de poseer una cultura enciclopédica. Un balance total de su obra nos permite confirmar lo contrario, puesto que poseía una amplia y profunda erudición revestida de una extraordinaria capacidad receptiva y visionaria. Al ojear, por ejemplo, *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas* (1989) se nota su erudición y extenso bagaje cultural. Por ejemplo, en dos de los primeros ensayos con los que se inicia este libro, Gutiérrez-Girardot se los dedica a dos autores que siempre reivindicó: uno, al dominicano Pedro Henríquez-Ureña (1884-1946) y, el otro, al mexicano Alfonso Reyes Ochoa (1889-1959). ¿Por qué? Porque Henríquez-Ureña y Reyes, junto con José-Enrique Rodó (otro de los reivindicados) son los hombres que abren la puerta ancha de la crítica literaria

¹³ Gutiérrez Girardot, Rafael. *César Vallejo y la muerte de Dios*. Bogotá, Panamericana, 2000. pp. 20-45.

¹⁴ Gutiérrez Girardot, Rafael. *Jorge Luis Borges. El gusto de ser modesto*. Bogotá, Panamericana, 1998. pp. 15-33.

¹⁵ Gutiérrez Girardot, Rafael. *Lírica y filosofía en Antonio Machado*. En *Heterodoxias*, Bogotá, Taurus, 2004. pp. 181-208.

moderna en nuestro continente, y los tres lo hacen en la medida en que se empeñan en deslizarse por la curva metacrítica, esto es, en hacer de la crítica misma el objeto de la contemplación. Gutiérrez-Girardot sabía bien que ellos no fueron nuestros primeros críticos teóricos, que antes hubo gente de la estatura del cubano José Martí (1853-1895) o el peruano Manuel González-Prada (1844-1918), pero sabe igualmente bien que lo que en los anteriores fue tanteo y florecimiento esporádico, en Henríquez-Ureña, Rodó y Reyes se convierte en proyecto y programa eficaz.

Su simpatía intelectual por estos tres escritores es notable. Nos precisa que desde las *Cuestiones estéticas* (1911) de Reyes, pasando por los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928) de Henríquez-Ureña y *Ariel* (1900) de Rodó, hasta llegar a la *Última Tule* (1942) y *El deslinde* (1944) de Reyes de nuevo, tiene lugar en América Latina una revolución en el campo de los estudios culturales y literarios.¹⁶ Con todas sus líneas al descubierto, Gutiérrez Girardot inscribe estos textos y autores en el contexto coctánico, y de manera magistral nos desglosa, y explica las problemáticas consignadas en sus reflexiones subrayándonos que estas aún se mantienen vigentes hoy. El problema no se centraba en estudiar la literatura del momento, o del pasado, con parámetros extranjeros sino comprendiendo que así como la sociedad era susceptible de una evolución, también la literatura que la “representa” y es su expresión registraba esos cambios. Algunas de las líneas de ese repertorio de problemas fueron expuestas, debatidas, crítica y lúcidamente por Gutiérrez-Girardot: la disputa entre una idea única de la modernidad y una idea local, latinoamericana; la disputa entre una literatura y una crítica literaria que llegan a ser tales y que se entienden como tales solo en la medida de su mayor acercamiento al entorno sociocultural y otra literatura y otra crítica que apuntan de diversas maneras, con mayor o menor ahínco y lucidez, hacia el desafío de la diferencia; la disputa entre una crítica estética, que no se priva del goce y del juicio, y una crítica científica, que hace de la objetividad y la neutralidad posiciones de principio; la disputa entre una crítica de corte sincrónico, deshistorizada, y una crítica que sabe o sospecha que nada se hace nunca en el vacío temporal y surge de un contexto concreto; y la disputa entre una crítica inmanentista, que no ve más

¹⁶ Gutiérrez Girardot, Rafael. *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá, Editorial Temis, 1989.

que el texto y por lo común solo las dimensiones formales del texto, y otra que opera a partir del circuito de la comunicación literaria, desde el productor al receptor. En síntesis, ningún ser humano, y mucho menos un artista, un escritor, puede sustraerse de las incitaciones del tiempo y el lugar en que le corresponde vivir.

La crítica

Su misión fue la de orientar, educar, destacar los valores ideológicos, humanos y estéticos de la obra de arte, que cuadraban muy bien no solo al temperamento y naturaleza íntimos de Gutiérrez-Girardot, sino también a sus objetivos literarios. De aquí que diera importancia a la crítica literaria en los distintos momentos de su vida. Gutiérrez-Girardot mostró gran interés tanto en destacar figuras de la literatura, la historia, la filosofía y la sociología, como en la valoración de la cultura, los movimientos intelectuales y la literatura universal. La sapiencia filosófica de Gutiérrez-Girardot lo llevó a explorar la poesía tanto de César Vallejo, Fernando Charry-Lara, Aurelio Arturo (1906-1974) como la de Friedrich Hölderlin (1770-1843), Hugo Ball (1886-1927), Friedrich Nietzsche (1844-1900), Georg Trakl (1887-1914), Gottfried Benn (1886-1956) y Paul Celan (Paul Antschel, 1920-1970), entre otros, como intento epistémico-metodológico en la construcción de un marco original teórico y literario. Su amplio concepto del hispanismo lo motivó también a calibrar a algunos autores españoles como Francisco de Quevedo (1580-1645), José de Espronceda (1808-1842), Antonio Machado, Ramón del Valle-Inclán (1869-1935), Jorge Guillén (1893-1984) y José Ángel Valente (1929-2000). Sentía, sin duda alguna, pasión en difundir los valores de nuestra cultura hispanoamericana.

Cuando se revisan los libros y ensayos sobre la historiografía e interpretación literaria escritos por Gutiérrez-Girardot, notamos en varios de ellos continuidad, o reciclaje renovado. Y a planteamientos ya tratados las hipótesis van en aumento -en crecimiento- siempre en constante defensa de la renovación, sin perder de vista la importancia de la tradición. Al insistir en el valor de la tradición no es por una inclinación conservadora (o reaccionaria) de su espíritu, sino porque está convencido de que en la evolución, tanto del individuo como de la sociedad, el presente y el futuro tienen sus raíces más profundas en el pasado. Desde sus primeros libros sobre Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes hasta uno de sus más reveladores ensayos, *A propósito de ciertas interpreta-*

ciones de la literatura latinoamericana,¹⁷ se nos presenta como un ferviente defensor de lo nuevo, de la reforma en crecimiento y, por ende, de la renovación. Pero paralela a esa concepción, desarrolla en varios de sus estudios una teoría de la tradición, que para él no es nunca un concepto estrecho o cerrado. Nos afirma, por medio de palabras de Borges, que “nuestra tradición es Europa y que tenemos derecho a esa tradición”, y luego nos subraya que “debemos ser capaces de enfrentarnos a ella críticamente. Que no la veneren o la rechacen sin más, sino que la juzguen, es decir, que creen los presupuestos para asimilarla realmente”.¹⁸ Su gran tarea fue esa, recordarnos que para construir una obra con miras hacia el futuro indiscutiblemente hay que apoyarse en el pasado de manera crítica sin sacrificar la marcha progresiva de las sociedades hispanoamericanas.

Conviene agregar, a tenor de lo anterior, que Gutiérrez-Girardot dentro de este marco de reconocer la relevancia de la tradición no fue nunca un hombre que quiso vivir petrificado en el pasado, prisionero de las viejas ideas. Por el contrario, invitó a que el individuo y las sociedades hispanoamericanas se abrieran a lo nuevo, pero sin dejar de establecer una relación crítica con el pasado. En este sentido, es de capital importancia apreciar cómo define el concepto de “generación” planteado en su excelente ensayo *¿Sólo un problema de la historiografía literaria?*:

Por lo menos desde el romanticismo, que postulaba según Friedrich Schlegel [1772-1829], el ‘principio de una poesía universal progresiva’ que suprime los géneros literarios y, al ser ‘progresiva’, todo concepto pétreo; por lo menos desde Nietzsche, quien consagra y practica la ‘contradicción’ como tarea del pensamiento y suspende el principio de causalidad, es decir, la petrificación del pensamiento y todo concepto pétreo; por lo menos desde Heidegger, en fin, quien concibe sus reflexiones y análisis de la tradición filosófica como el camino a lo que ‘está por pensar’, es decir, rechaza la petrificación del pensamiento y del concepto; por lo menos desde estas posiciones, históricamente previas y contemporáneas, hubiera sido de esperar que la historiografía

¹⁷ Gutiérrez Girardot, Rafael. A propósito de ciertas interpretaciones de la literatura latinoamericana. En *Gaceta*. Bogotá, Colcultura, Vol. 1, No. 9, abril 1977, pp. 22-30.

¹⁸ Op. cit. pp. 25-26.

literaria española se preguntara si el 'concepto' de 'generación' es ajeno a los cuestionamientos de esta categoría por parte de la filosofía contemporánea, y que, al menos, arguyera suficientemente por qué lo es. Para los historiógrafos literarios -formados o deformados por una 'filología' arrogantemente miope-, la tarea es gigantesca.¹⁹

Es significativo subrayar la maestría de Gutiérrez-Girardot tanto por la hondura de su pensamiento como por la elevación de su estilo. En las líneas citadas arriba es interesante observar una figura que no es el símil o la metáfora sino los paralelos con los que logra excelentes resultados. Son estas comparaciones entre épocas distintas, o entre autoridades diversas, con las que ilustró cómo debemos plantarnos críticamente frente a hechos o conceptos que se perpetúan sin cuestionamiento alguno y empiezan a ser parte de la irreprochable (o pétrea) tradición. La cita anterior también se caracteriza en término de estilo por la fusión singular de la reflexión precisa con matices poéticos (anafóricos) para describirnos el concepto de lo pétreo, y a su vez proporcionarnos una visión de la forma estructural de su pensamiento. Los dos ensayos, que arriba hemos citado, llevan en germen lo que pudiera considerarse el perfil de su labor crítica. Las propuestas de Gutiérrez-Girardot encierran una serie de atractivas premisas. Primero, la responsabilidad o la función social que Gutiérrez-Girardot se atribuye como intelectual hispanoamericano y la tendencia hacia la independencia cultural de América: esto es, que "Nuestra América", heredera hoy de un compromiso abrumador de cultura y llamada a continuarlo, no podía arriesgar su palabra sino que se decide a eliminar, en cierta medida, las imágenes negativas como las consignadas en las *Lecciones sobre filosofía de la historia universal* (1837), de Friedrich Hegel (1770-1831) que luego fueron repetidas de manera retorcida por el español José Ortega y Gasset (1883-1955). Es decir, Gutiérrez-Girardot piensa en la posibilidad de una reflexión teórica no dependiente, sino fundamentalmente americana. La segunda -y central- propuesta de estos ensayos consiste en dar un paso firme hacia la teoría literaria mediante el "deslinde" -para decirlo con palabras de Alfonso Reyes- entre literatura y no-literatura, es decir, no se trataba de entrar en la intimidad de la cosa formalmente lingüística, sino que debe intentar fijarse sus coordenadas, su

¹⁹ Gutiérrez Girardot, Rafael. *Revista de Literatura Quimera*, Barcelona, No. 171, julio-agosto 1998, pp. 25-26.

entorno histórico y social sin reducir los hechos a meros datos que intentan comprobar solamente una intuición, y mucho menos hablar solo de su estructura.²⁰ Sus premisas apuntan a que los estudios literarios deben apoyarse en tres métodos -históricos, sociales, culturales- pues sólo en la integración de estos métodos, de manera crítica, se puede aspirar a la categoría de ciencia. Afirma que: "Una interpretación de la literatura latinoamericana que no escamotee realidades aún está por hacer, porque aún está por hacer una historia de la literatura latinoamericana con criterios modernos y sobre fundamentos seguros".²¹ Hay que entender que el ensayo *A propósito de ciertas interpretaciones de la literatura latinoamericana*, a pesar de no ser todavía el trabajo sistemático general descriptivo de su campo crítico-literario, sí es una porción valiosa de las bases sobre las cuales fue develando temas y problemas de aquella ardua tarea existente bajo el obvio designio de lo que encierra la crítica literaria independiente. Revisando otros textos coetáneos como el Prólogo (1978) a *La utopía de América* (1925), de Pedro Henríquez-Ureña, es notable reconocer el núcleo de su teoría literaria. Esto es que "toda obra de arte literario ha de considerarse como un fenómeno único, histórico, ligado a un tiempo y a un espacio".²²

Hablar de Pedro Henríquez Ureña y de Alfonso Reyes es hablar de nosotros mismos; es poner la vista en lo que se hizo en esos años, independientemente de que para algunos académicos pueda parecer prehistoria (o botar corriente, como varios de sus detractores han pregonado verbalmente), es más bien tomar conciencia de lo que ahora mismo nos ocurre. En este sentido, su línea reflexiva -como lo hemos señalado- siempre estuvo orientada a ubicarnos en el contexto histórico y podríamos confirmar esta hipótesis a lo largo de su obra. Conviene recordar que ya desde el mismo subtítulo de su libro *Modernismo, supuestos históricos y culturales*, es obvio el valor que Gutiérrez-Girardot le otorga a la historia, pues esta le permitía esclarecer el presente apoyado en el pasado. Es decir, la historia le era útil porque bajo este enfoque el presente se hace inteligible. Desde esta perspectiva, y guardando las proporciones y orien-

²⁰ Op. cit. pp. 22-23.

²¹ Op. cit. p. 30.

²² Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot a *La utopía de América*, de Pedro Henríquez Ureña, Caracas, Biblioteca Ayacucho, No. 37, 1978, p.xix.

taciones, podríamos equiparar el trabajo de Gutiérrez-Girardot al de Jean Paul Sartre (1905-1980), cuando este pregunta con su publicación *¿Qué es la literatura?* La respuesta a su pregunta está dentro de la cápsula histórica. Sartre se convirtió en un nombre y quizás generó la secta de "los sartrianos", Gutiérrez Girardot nos ha dejado un sinnúmero de herramientas para seguir su ejemplo constructor, esto es, ampliar el horizonte de sus evaluaciones.

Por otra parte, cabe destacar que Gutiérrez-Girardot fue siempre un maestro de sorpresas y *Modernismo* (1983) confirma este hecho. Este texto se puede apreciar como uno de los mayores aportes pues contribuyó de manera fundamental al crecimiento de la crítica literaria, en el cual las obras de Rubén Darío (Félix Rubén García Sarmiento, 1867-1916), José Asunción Silva (1865-1896), José Martí, Charles Baudelaire (1821-1867) o Joris Karl Huysmans (Charles Marie Georges Huysmans, 1848-1907) no son meros sujetos de estudio sino producto de una reflexión de su conciencia o experiencia inserta en un vasto horizonte histórico-cultural, en las que los lectores latinoamericanos estamos igualmente invitados a participar. Desde su aparición se convirtió en un libro clásico, aunque muy pocos críticos y aún menos escritores se atrevieron a decir por qué o cómo. Sin embargo, no hay texto que se haya publicado sobre el modernismo latinoamericano después de 1983 que no haga referencia al libro de Gutiérrez-Girardot. Los temas sobre la profesionalización del escritor, la presencia de la modernización de la ciudad en el arte, los rasgos de la sociedad burguesa se notan entre otros libros como *Las máscaras democráticas del modernismo* (1985) de Ángel Rama (1926-1983); *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* (1989), de Julio Ramos (Río Piedras, Puerto Rico, 1957-); *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí* (1992), de Susana Rotker (1954-2000) y *El impuro amor de las ciudades* (2002), de Álvaro Salvador Jofre (Granada, España, 1950-). El libro *Modernismo* suscitó polémica y amplia receptividad, porque Gutiérrez-Girardot tuvo la sabiduría de conjugar una serie de conceptos de muy lejana procedencia, y por ende, ajenos a la crítica latinoamericana, y tuvo la agudeza de iluminarnos desde variados ángulos: el social, el literario y el filosófico dentro de los supuestos históricos y culturales de este movimiento.

A nuestro juicio, los logros del maestro colombiano son muchos. Uno de ellos fue demostrar la existencia de una tradición cultural -para lo cual requería

un modelo historiográfico y de periodización- y, al hacerlo, demostró también la existencia de una tradición europea que era un punto de referencia sobre el cual había que establecer una relación crítica desde nuestro horizonte hispanoamericano. Otra idea constante en Gutiérrez-Girardot es que en “Nuestra América” debe prevalecer siempre sobre lo individual. Ni los nacionalismos, ni las acciones individuales por muy bien inspiradas que parezcan deben estar nunca por encima de “la magna patria”.

Otras cuestiones

Hasta ahora me he acercado a sus trabajos de ordenamiento de la cultura americana, de sus reflexiones sobre las literaturas de autores de Colombia, España, México y Perú, y de sus estudios generales sobre el pensamiento y la creación artística en lengua española. Estas tareas tenían el definido propósito de abrir el campo de la investigación sobre la cultura de nuestras sociedades, pero no pretendían establecer una actitud aislacionista, encerrada para evitar las contaminaciones de otras culturas, ni tenían el chabacano y siempre peligroso tono de los nacionalismos delirantes. A Gutiérrez-Girardot le interesaba fijar los elementos constitutivos de la identidad de nuestra cultura para afirmar los lazos que la unen con todos los pueblos del mundo. Sabía que una cultura débil y desorganizada corría el peligro de ser totalmente devorada, o erráticamente percibida, por las culturas de los países hegemónicos. Por ejemplo, el 9 de mayo de 2002, cuando recibió el premio Alfonso Reyes, en su discurso cuestionó los esquemas alemanes para definir lo “latinoamericano”. Gutiérrez Girardot aseguró que:

El alemán se caracteriza por creer que es el que sabe mejor de todo y de todos; cree saber más de América Latina que cualquier latinoamericano, pero como no es así “especulan, no saben de lo que hablan; sus esquemas son muy reducidos. Hubo una época en los años sesenta o setenta en la que América Latina era objeto preferido de la sociología o la literatura, pero como muchos países latinoamericanos se han desorientado no saben entonces qué hacer; no pueden imaginarse qué pasa con Colombia o con Venezuela, por ejemplo”,²³

²³ Hartmann, Alia Lira. *La Jornada*, México. 9 de mayo de 2002.

De ahí su interés por ahondar en temas diversos: "Mestizaje y cosmopolitismo: perspectivas de interpretaciones literarias y sociológicas de América Latina", "Sobre la crítica y su carencia en las Españas", "Literatura fantástica y modernidad en Hispanoamérica", "Los olvidados: América sin realismos mágicos", "Sobre el sentido del estudio universitario", "La ciencia conservadora", "El intelectual y la historia", "Formas del ensayo latinoamericano", "Tradicición republicana y cosmopolitismo", "Literatura y política en Latinoamérica", "La transformación de la literatura por la ciudad". Al mismo tiempo reivindicó la obra de poetas perseguidas por el nazismo hitleriano: Gertrud Kolmar (1894-1943), Else Lasker-Schüler (1869-1945), Nelly Sachs (1891-1970, premio Nobel de Literatura en 1966), bajo el título *Moriré callando*. Este último libro es emblemático, por la historia que encierra en las épocas oscuras que la comunidad judía atravesó, particularmente, en Alemania y por la manera como Gutiérrez-Girardot logra unir sentires afines o universales con la novela *Bahión-Canán* (1957), de la escritora mexicana Rosario Castellanos (1925-1974). Por supuesto, en su extensa obra, su postura es clara en cuanto a que ninguna cultura es considerada ajena. Todas son patrimonio de la humanidad entera y todas deben ser fraternalmente universales para asegurar esa diversidad y especificidad que caracteriza a la naturaleza humana. Y la riqueza de América Latina, según la percibía Gutiérrez-Girardot, está en ser tantas cosas a la vez que hacen de ella un macrocosmos en el que cohabitan casi todas las razas y culturas del mundo.

En algunos de sus ensayos sobre la identidad hispanoamericana, publicados en *Insistencias y Provocaciones*, Gutiérrez-Girardot de nuevo nos lleva a reflexionar con presupuestos históricos y sociológicos si somos un continente o nación únicos a los cuales debemos aferrarnos y defender nuestra especificidad para marcar la diferencia con cualquier bienintencionado vecino. La especificidad para hablar de identidad no se podía basar en premisas como las del nacionalista argentino Ricardo Rojas (1882-1957) que, "asegura que un componente esencial es la lengua, aunque las otras literaturas hispanoamericanas usan la misma...".²⁴ Pero el nacionalismo, en tanto creador de la nación, encierra una visión egoísta del mundo y, por ende, un sentido tiránico de la disciplina colectiva. Es voraz. Sobrepassa el reconocimiento del hecho de que los

²⁴ Gutiérrez Girardot, Rafael. *Provocaciones*. Bogotá, Editorial Ariel, 1997, p. 207.

habitantes de un continente como el latinoamericano comparten lenguajes, tradiciones, valores, símbolos que nutren eso que se ha dado en llamar *identidad*, a veces ficción atroz, a veces nadería y no deja de alentar un apasionado sentimiento de rivalidad.

El nacionalismo ha desempeñado un papel circunstancial como impulso de autoconocimiento: la introspección de los pueblos para delinear su rostro, para tomar conciencia de su devenir, para distinguir singularidades y diferencias. Pero en el curso de su desenvolvimiento, llevado de la mano del Estado o de fanáticas élites culturales, el nacionalismo se ha mudado invariablemente en suplicio moral. En el contexto literario, Gutiérrez-Girardot exhorta a que: "se lean los libros como producto del pensamiento y creación literaria, no como catecismos o manuales de confesionario que han perdido la orientación en su parroquia".²⁵ En este sentido, el destino de los nacionalismos es todo lo contrario a lo que se propuso plantear Gutiérrez-Girardot, pues, este concepto ha terminado siendo siempre el sólido fundamento del despotismo que aprisiona la mente humana dentro del campo más estrecho posible, tornándola herramienta dócil de la superstición, esclavizándola con normas tradicionales, despojándola de toda grandeza y de toda energía histórica. La nacionalidad es un concepto de limitación y es básicamente viciado por la política. La amplitud de las inquietudes intelectuales de Gutiérrez-Girardot lo sitúan fuera de los cauces nacionalistas y sobre todo de los (pre)juicios crítico-literarios que se inclinaron por subrayar inútilmente el carácter nacional, el color local, hasta llevar el nacionalismo a extremos grotescos, esto es, generando feroces diatribas e interminables polémicas como la de hispanistas versus indigenistas. Pues amén de haber sido una incitación a adorar todo lo que fuese nacional, o autóctonamente latinoamericano, fue también la máscara de la envidia, pasión callada e inconfesable, e incluso el disfraz de una cultura machista.

Conclusión

Es prudente acercarse de manera desprevenida a la obra de Gutiérrez Girardot en su intento por elaborar una teoría literaria, aunque todavía no se reconozca que se ha concretado. Pues -desde mi perspectiva- se puede com-

²⁵ Op. cit. p. 208.

probar que sí implementó una teoría crítica en la cual la dimensión tanto estética como socio-histórica juega un papel capital y obliga a que nuestros estudios literarios se despojen de la falsa objetividad científicista de los “ismos” y se asuma la responsabilidad -para decirlo con sus propias palabras- de renovar y enriquecer nuestro pasado literario.

Bibliografía

Textos citados

Foffani, Enrique. Entrevista a Rafael Gutiérrez Girardot. En *Revista de Lengua y Literatura*, Universidad de Comahue, Facultad de Letras y Humanidades, VIII, 15-16, 1994.

Goytisolo, Juan. *Coto vedado*. Barcelona, Seix Barral, 1985.

Gutiérrez Girardot, Rafael. A propósito de ciertas interpretaciones de la literatura latinoamericana. En *Gaceta*. Bogotá, Colcultura, Vol. 1, No. 9, abril 1977.

—. *César Vallejo y la muerte de Dios*. Bogotá, Panamericana, 2000.

—. *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá, Editorial Temis, 1989.

—. *Jorge Luis Borges. El gusto de ser modesto*. Bogotá, Panamericana, 1998.

—. La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX. En *El intelectual y la historia*, Caracas, Fondo Editorial La Nave Va, 2001.

—. *La revista Mito*. El Tiempo.com / Lecturas, 21 de abril de 2005.

—. Lírica y filosofía en Antonio Machado. En *Heterodoxias*, Bogotá, Taurus, 2004.

—. *Moriré callando. Tres poetisas judías: Gertrud Kolmar, Else Lasker-Schüler y Nelly Sachs*. Barcelona, Montesinos Editor, 1996.

—. Prólogo a *La utopía de América*, de Pedro Henríquez Ureña. Caracas, Biblioteca Ayacucho, No. 37, 1978.

—. *Provocaciones*. Bogotá, Editorial Ariel, 1997.

—. ¿Sólo un problema de la historiografía literaria? En *Revista de Literatura Quimera*, Barcelona, No. 171, julio-agosto 1998.

—. *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá, Ediciones Cave Canem, 1989.

—. Universidad y sociedad. En *Argumentos*, Bogotá, No. 14-17, 1986.

Hartmann, Alia Lira. *La Jornada*, México. 9 de mayo de 2002.

Moreno-Durán, Rafael Humberto, El magisterio de la disidencia. En *Aleph*, No. 134, Manizales, Colombia, 2005.

—. Los argumentos del francotirador. En *Caminos hacia la modernidad. Homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*, Vervuert, 1993.

Pacheco, José Emilio. Prólogo a la tercera edición de *Modernismo, supuestos históricos y culturales*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Vivas Hurtado, Selnich. Diálogo con Rafael Gutiérrez Girardot, "Todo lo contrario a la razón es la autoridad". En *Revista Universidad de Antioquia*, No. 235, enero-marzo, 1994.

Bibliografía selecta de Rafael Gutiérrez Girardot

Gutiérrez Girardot, Rafael. *Aproximaciones*. Bogotá, Procultura, 1986.

—. *César Vallejo y la muerte de Dios*. Bogotá, Panamericana Editorial, 2000.

—. *Crítica y ficción: una mirada a la literatura colombiana contemporánea*. Bogotá, Cooperativa Editorial Magisterio, 1998.

—. *Cuestiones*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

—. *El fin de la filosofía y otros ensayos*. Medellín, Ed. Antorcha-Monserrate, Eds. Papel Sobrante, 1968.

—. *El intelectual y la historia*. Caracas, Fondo Editorial La Nave Va, 2001.

—. *El pensamiento hispanoamericano*. México, UNAM, 2006.

—. *En torno a la literatura alemana contemporánea*. Madrid, Taurus Ediciones, 1959.

—. *Entre la ilustración y el expresionismo: figuras de la literatura alemana*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.

—. *Heterodoxias*. Bogotá, Taurus, 2004.

—. *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá, Editorial Temis, 1989.

—. *Historia, sociedad, cultura y praxis política en José Luis Romero*. Edición de Rafael Gutiérrez Girardot. Alicante (España), Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1995.

- , *Horas de estudio*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976.
- , *Insistencias*. Bogotá, Editorial Ariel, 1998.
- , *Jorge Luis Borges. El gusto de ser modesto, 7 ensayos de crítica literaria*. Bogotá, Panamericana Editorial, 1998.
- , *Jorge Luis Borges: ensayo de interpretación*, Madrid, Insula, 1959.
- , *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. Maryland, University of Maryland at College Park, 1992.
- , *La imagen de América en Alfonso Reyes*, Madrid, Insula, 1955.
- , *Machado: reflexión y poesía*. Tercer Mundo Editores, 1989. (Ampliación y revisión de *Poesía y prosa en Antonio Machado*. Madrid, Guadarrama, 1969).
- , *Modernismo*. Barcelona, Montesinos Editor, 1983.
- , *Modernismo, supuestos históricos y culturales*. 2ª. edición corregida y aumentada. Bogotá, Universidad Externado de Colombia - Fondo de Cultura Económica, 1987.
- , *Modernismo, supuestos históricos y culturales*. 3ª. Edición. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- , *Moriré callando. Tres poetisas judías: Gertrud Kolmar, Else Lasker-Schüler y Nelly Sachs*. Barcelona, Montesinos Editor, 1996.
- , *Nietzsche y la filología clásica*. Buenos Aires, Eudeba, 1966.
- , *Nietzsche y la filología clásica. Homero y la filología clásica*. Universidad de Málaga, (segunda edición) 1997.
- , *Nietzsche y la filología clásica. La poesía de Nietzsche*. Bogotá, Panamericana Editorial, 2000.
- , *Provocaciones*. Bogotá, Editorial Ariel, 1997.
- , *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá, Ediciones Cave Canem, 1989.
- , *Tradición y ruptura*. Bogotá, Random House Mondadori, 2006.

La bibliografía del autor es bastante extensa. La elaborada por José Hernán Castilla, de textos publicados hasta 1988, es la más comprensiva y está en el libro

Hispanoamérica: imágenes y perspectivas, selección de textos de Rafael Gutiérrez Girardot (Bogotá, Editorial Temis, 1989). Agregamos aquí algunos artículos que aparecieron en publicaciones periódicas en España, Estados Unidos y Colombia.

Artículos

Gutiérrez Girardot, Rafael. Carta de Lord Chandos. En *Cuadernos Hispanoamericanos*, No. 646, 2004: 61-70.

—. El fragmento *Fiesta de la paz*, de Hölderlin. En *Revista de Occidente*, 2003: 64-81.

—. Eros y política. En *Textos sobre Jorge Gaitán Durán*. Ediciones Casa Silva, 1990: 51-58.

—. Heidegger como maestro. En *Argumentos*. Bogotá, No. 22-23, 1990: 48-50.

—. Heidegger y el Nacionalsocialismo. En *Gaceta*, Colcultura, No. 11, 1991: 8-11.

—. La lección política de Alejo Carpentier. En *Inti, Revista de Literatura Hispánica*, 2004: 5-12. —. La tierra prometida: la trilogía novelística de Gerardo Mario Goloboff. En *Hispanamérica, Revista de Literatura*, No. 62, 1992: 112-126.

—. Literatura y sociedad: balance y perspectivas en América Latina. Antonio Cornejo Polar, Rafael Gutiérrez Girardot, Beatriz Sarlo. En *Hispanamérica: Revista de Literatura*, No. 58, 1991: 29-44.

—. Tradición republicana y cosmopolitismo. En *Gaceta*, Colcultura. No. 1, marzo-abril, 1989: 44.

Colaboraciones en obras colectivas

Gutiérrez Girardot, Rafael. Cervantes en América. En *Territorios de la Mancha: versiones y subversiones cervantinas en literatura hispanoamericana*. Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, 2004. Coord. Matías Barchino Pérez, pp. 19-26.

—. Génesis y recepción de la poesía de César Vallejo. En *César Vallejo, obra poética*. Coord. Américo Ferrari. París, Colección Archivos ALLCA XX, Vol. 4, 1988. pp. 501-538.

—. Historia y naturaleza en la poesía de Aurelio Arturo. En *Aurelio Arturo, obra poética completa* / Coord. Rafael Humberto Moreno-Durán. París, Colección Archivos ALLCA, Vol. 57, 2003. pp. 417-437.

—. José Fernández Andrade: un artista colombiano finisecular frente a la sociedad burguesa. *José Asunción Silva, obra completa*. Coord. Héctor Orjuela. París, Colección Archivos ALLCA XX, Vol. 7, 1990. pp. 623-635.

—. La literatura hispanoamericana de fin de siglo. En *Historia de la literatura hispanoamericana*. Coord. Luis Iñigo Madrigal, Madrid, Cátedra, Vol. 2, 1993. *Del neoclasicismo al modernismo*, pp. 495-506.

—. León de Greiff, nórdico vate colombiano. En *Pasajes = Passages = Passagen, homenaje a Christian Wenzlaff-Eggebert*. Coord. Valérie Heinen, Susanne Grunwald, Claudia Hammerschmidt, Gunnar Nilsson, 2004, pp. 471-478.

—. Pedro Henríquez Ureña y la historiografía literaria latinoamericana. En *Pedro Henríquez Ureña, ensayos*. Coord. Ana María Barrenechea y José Luis Abellán. París, Colección Archivos ALLCA, Vol. 35, 1993. pp. 799-805.

—. Prólogo. *La utopía de América*, de Pedro Henríquez Ureña. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978. pp. IX-XL.

—. Prólogo. *Última Tule y otros ensayos de Alfonso Reyes*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991. pp. IX-XLIII.

—. Secularización y sentido de la realidad histórica y crítica de la literatura española. Coord. Francisco Rico Manrique, Vol. 6, Tomo 2, 1994. *Modernismo y 98: primer suplemento*. Coord. José Carlos Mainer Baqué, pp. 102-108.

Bibliografía sobre Rafael Gutiérrez-Girardot

Caminos hacia la modernidad: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot. ed. Juan Guillermo Gómez, Bettina Gutiérrez Girardot y Rodrigo Zuleta. Frankfurt, Vervuert, 1993.

Revista Aleph, Manizales. *Número monográfico dedicado a Rafael Gutiérrez Girardot*. ed. Carlos Enrique Ruiz. No. 134, julio/septiembre 2005.

Revista Aquelarre. *Homenaje / Selección de textos de Rafael Gutiérrez Girardot*. ed. Julio César Carrión Castro. Universidad del Tolima, Vol. 4 No. 8, 2005.

Salvador Jofre, Álvaro. El legado intelectual de Rafael Gutiérrez Girardot. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. No. 61. Lima-Hanover, 2005.

Sánchez Lozano, Carlos. Rafael Gutiérrez: el ensayo como crítica radical de la cultura. En *Revista Universidad de Antioquia*. No. 235, 1994.

Territorios intelectuales: pensamiento y cultura en América Latina. ed. Javier Lasarte. Caracas, Editorial La Nave Va. 2001.

Zuleta, Rodrigo. Rafael Gutiérrez Girardot y sus afinidades electivas. En *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No. 40, Vol. XXXII, Bogotá, 1997.



Olga-Lucía Londoño P.

Experiencia y revelación de un poeta visionario

Graciela Maturó

1. La física oculta del poeta Leopoldo Castilla

Cuando hablamos de Orfeo, dueño del canto y de la música, descendiendo al país de los muertos, muchos pensarán que caemos en una idealización, y en cierto modo es así, pues el mito cristaliza las conductas en un nivel arquetípico. Pero cuando un poeta que nos es próximo, repite la hazaña, con iguales o análogos atributos, sólo cabe aceptar la verdad y vitalidad del mito.

En el año 2008 la Universidad de Carabobo (Valencia, Venezuela) publicó *Teorema Natural* en su colección de poesía. Su autor, el salteño Leopoldo Castilla, invitado al Encuentro Internacional de Poesía de ese año, les entregó este libro singular que, según propia confesión, pertenece a su producción de los años setenta y reúne junto con el texto que da título al volumen, poemas de *Versión de la muerte* y *Campo de prueba*. La relación de esos poemas con toda la obra del poeta, y la valoración que se desprende del hecho de haberlos publicado, es lo que me permite aventurar los ejes permanentes de



una poética a la que podría llamarse surrealista, pero también metafísica y religiosa, dando a esta expresión el amplio sentido de relación con lo sagrado, y no de adscripción a una religión determinada.

Este libro me confirma en certezas ya expuestas sobre la poesía de Teuco Castilla, cuya singularidad me convocó, a partir de su libro *Nunca*, sobre el cual escribí¹, a conocer obras anteriores. No intentaré por ahora leerlo a la luz de los presocráticos, a los cuales remite, ni tampoco de Plotino, Heidegger, Meister Eckhart o André Breton. Para no hablar del Tao, ni de la nueva física o del pensamiento complejo que de ella emana. El árbol del conocimiento y la cultura es muy vasto, y es posible encuentros sorprendentes, pero no lo será menos nuestro recorrido de esta obra, ciñéndonos a la palabra y sus resonancias. Con sólo abrir el libro, que no presenta advertencia o prólogo alguno, nos sale al encuentro un tratado de sabiduría cósmica, expuesto en frases apodícticas y terminantes: *Uno y el mismo es el cuerpo del árbol y de la luna / violentamente separados por la cultura / que no admite/ el ojo en la órbita de la luna / la luna en el ciclo del fruto / el fruto en la órbita del ojo.*

Esta expresión doctrinal encierra abiertamente una crítica a la cultura, que al no ser adjetivada se trata de la propia, la cultura occidental (no en todos sus aspectos, obviamente), esa cultura intelectual y media que ha dividido el conocimiento "objetivo" con relación al sujeto que da cuenta de las cosas, renunciando a aceptar las relaciones que mantienen entre sí. Es evidente que en el poeta treintañero se perfilaba ya una toma de partido que le permitió, a lo largo de la vida, su permanente retorno a la cultura popular, a la tradición de su provincia, sin dogmatismos ni formas congeladas. En lo sustancial, opta por una defensa del vínculo - la religación - entre el sujeto, el cosmos y el principio nombrado como Dios o los dioses (Teuco, en sus conversaciones, toma distancia de todo *teísmo*, pero a mi entender, hablar de los dioses es desplazar al hombre como productor del sentido y alejarse de la Modernidad). Se pronuncia por la pertenencia al Todo, las mancias, la poesía, en contra de una civilización que *ha inventado las divisiones, las distancias.*

La mirada del Teuco es la mirada metafísica; afirma que se trata del "lado oculto de la física", y de eso precisamente se trata, sin ostentación ni referencia

¹ Graciela Maturó: "La elegía poética como ejercicio espiritual." Comentario al libro *Nunca* de Leopoldo Castilla. En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo LXXL, 2006; pp 729-743

a otros discursos. Desde la experiencia poética alcanza la intuición primordial de la unidad del Todo, que funda la analogía, y percibe nítidamente la dimensión de la eternidad contrapuesta al tiempo. Dicho así podría parecer una repetición de lo ya dicho en largos siglos, pero es precisamente lo contrario de toda reiteración. La visión, el oído, la intuición despierta, la memoria afectiva y finalmente la reflexión, han encauzado el impulso gnoseológico del poeta, que expone con certidumbre y precisión casi científica sus propios hallazgos.

A quienes venimos siguiendo la progresión filosófico-poética de Teuco Castilla desde hace algunos años no puede extrañarnos encontrar que la muerte es el foco central de su pensamiento. No el *morir*, que podríamos hallar tratado desde distintos ángulos en su libro *Nunca* (aunque también allí asoma la dimensión metafísica) con su arrastre elegíaco y afectivo, sino *la Muerte*, erigida aquí como un territorio reconocible, una zona que estamos inexorablemente destinados a transitar y que de hecho explora el poeta, en actitud temeraria, órfica, revelatoria. Esta zona que subyace al libro en su conjunto, se despliega particularmente en su poema "Descripción de la Muerte". La imaginación creadora deja de ser un devaneo gratuito y se convierte, como decía Charles Baudelaire, en *la más científica de las facultades*. La muerte es presencial y activa en muchas otras páginas, por ejemplo el poema "Cementerio", donde se lee: *el futuro del muerto / que es el nombre del muerto...* Hablar de futuridad para el que ha muerto, es confrontar con el pensamiento cotidianamente asumido, en la cultura ilustrada y media, acerca del muerto como ceniza y término.

En distintos momentos reflexiona nuestro poeta sobre la unidad de la *fisis*, el equilibrio o desequilibrio de sus partes, la correspondencia secreta de lo visible y lo invisible. Las páginas se colman de afirmaciones insólitas, coherentes entre sí dentro de una visión mágica del mundo. Toma de la ciencia su claridad conceptual, y hasta su léxico propio (*teorema, círculo, triángulo, punto, línea, simetrías, campos de fuerza, perspectiva, superficies, planos, etc.*) para afirmar una visión originaria que restituye sus fueros a un pensamiento de opuestos, refiido con la lógica aristotélica pero no con la física de avanzada, ni con la fenomenología.

El análisis pormenorizado de *Teorema natural* nos llevaría a censar figuras-símbolos que se repiten emblemáticamente como *agua, luna, ojo, árbol, pájaro*, pero también expresiones conceptuales como *mundo, Dios, unidad, materia, etc.* En la visión de Teuco, ejemplo de una Razón Poética tal como la

define María Zambrano, desaparecen el adentro y el afuera, las netas fronteras que atribuyen realidad sólo a lo visible y palpable. Esta poesía sale al cruce de tales limitaciones diciendo: *el uno existe pero nadie lo cree, el cuerpo es siempre otro lugar, la fuerza de gravedad no existe*. Vemos también en esta poesía que reúne la física y la metafísica, la idea de la materia como tensión de fuerzas, los objetos como suceder en el tiempo, roídos por la entropía, y el impulso evolutivo que dispone continuas mutaciones en un universo fluyente: *de escama a pluma a piel...*

Me ha parecido muy importante, ligada a los temas de la unidad y la eternidad, la antropología (por decirlo de algún modo) que se desprende del pensamiento de Teuco Castilla. Yo diría que el hombre se inserta en el cosmos, pero no pasivamente sino con un movimiento de danza. Se halla destinado a participar de un gran juego en el que se define su eternidad. Todo viene hacia él en la misma medida en que él va hacia el todo. No sabe si su ojo *está adentro o afuera*.

Parece asentarse esta visión en una imborrable experiencia infantil que resume de modo magistral: *El niño se apareció a sí mismo...* Me parece indudable que Teuco se refiere a un temprano desdoblamiento espiritual, experiencia que, en determinadas circunstancias, constituye al doble interno, al que podremos llamar, apelando a distintos códigos, "sujeto trascendental", "sí mismo" o "estado axial de la conciencia". (Teresa de Ávila hablaba del Rey en la morada central del castillo). Llámese como se prefiera, a partir de diversas tradiciones o saberes, me parece innegable, que el sujeto de las genuinas experiencias poéticas e capaz de redescubrir y conformar este polo sustancial. Para que no nos equivoquemos agrega el poeta *el que aparece no se junta más*.

La constitución de este núcleo de la persona, al cual la filosofía tradicional acaso denominaría alma, pone en cuestión la unidad alma-cuerpo y el ulterior destino personal del muerto. El poeta nos dice *hay alguien en los huesos*, pero también piensa que el morir, al disolver los goznes de lo visible y lo invisible, prepara la desintegración de las moléculas, abandonadas de esa tutela consciente y amatoria de su "habitante". Se abre para éste el rumbo de una etapa nueva y desconocida., propia del que ha abandonado el cuerpo, el hábitat: *no eres / habitas / sistemas abandonados; ...una de las dos mitades es ficticia, la sutura / es la glándula de la muerte; desde ese resplandor/ un día / miraremos*.

Esa dimensión oculta es referida como *abismo, precipicio*, lado de la *sombra, infinitud*. (No podemos dejar de recordar a Eckhart). El sueño, como no podría ser de otro modo, se presenta ligado a ese nivel de realidad humana, tan real como el lado de la luz y la corporalidad. ... Es el sueño el que permite la ubicuidad del alma: *ahora mismo caminas / en el sueño de alguien... eres como una sombra andando / debajo del animal... los planos que nos cubren...*

A partir de esta poesía advertimos que el hombre no es sino que está, su vivir es un *estar siendo*, como diría Heidegger. No debe extrañarnos que Teuco mencione al África, o a la cultura popular salteña. Esa mujer que, en uno de sus poemas, asiste a misa, ha sido movilizadora hacia el pensamiento mágico por el culto a la Pachamama, que la hace quemar, el 1° de agosto, algunas pertenencias. Pregunta en los últimos poemas *de qué materia no estamos hechos* y también *En busca de su alguien / va lo frágil / ¿será así la materia de Dios?* y dice también *Dios es sólo una medida de tiempo*. [El muerto] *ya ha visto a Dios / a oscuras / ahora / la pregunta es su casa*.

Finalmente, quiero apuntar cierta ritmo de espera que se manifiesta en forma expresa, como cuando dice: "*La Creación no ha comenzado todavía*". Situado en una solitaria intemperie, Teuco se instala en una poesía que es a la vez existencial y esencial, abierta a la filosofía, la ciencia, el sentimiento numinoso, y la configuración de un humanismo nuevo. Es posible, hermenéuticamente, como ya anticipé, hallar para su poesía ella múltiples entronques tanto orientales como occidentales; pero su valor de novedad proviene del descubrimiento personal, de la irrepetible experiencia creadora, acceso a lo originario y fundante. Es lo que hace de la poesía genuina una revelación o *alétheia*.

2. Teuco Castilla, el poeta visionario

Conocí la poesía de Leopoldo (Teuco) Castilla a partir de su libro *Nunca*, (Último Reino, 2001) que le ha ganado un merecidísimo Premio Municipal, al que siguieron *Libro de Egipto*, *Línea de Fuga*, *Bambú* y *El amanecido*. Espero conocer en algún momento la totalidad de su labor para consagrarle la atención que merece. Estas líneas, dedicadas a su último libro *El amanecido* (Ed. El mono armado, Buenos Aires 2005) sólo en parte salvarán esa deuda contraída conmigo misma al descubrir, hace pocos años, a tan singular como valioso poeta.

Pienso que Teuco Castilla, a quien su padre dio este apodo indígena con que le nombran sus amigos, es como Monsieur Jourdain, que hablaba en prosa sin saberlo. Lo reconozco como un metafísico que se declara ateo y agnóstico, y acaso ignora la estética metafísica de Platón, o las elucubraciones de Heidegger sobre el poeta como pastor del Ser. De todos modos su poesía, que dista de ser ingenua, es una equilibrada combinatoria de tradición y modernidad, es decir de visión religiosa y espíritu crítico.

Toda su poesía se halla abierta a la disolución de las fronteras que separan la vida sensible del sueño y las realidades ultraterrenas. Al instalarse en ese territorio indiviso que Eduardo Azcuay denomina *continuum metafísico*, Teuco mantiene una permanente familiaridad con la muerte, mira desde la visión suprarreal – que no llamo surrealista por mantener su figura al margen de toda capilla literaria - y se muestra más próximo de la cultura popular que de las estéticas modernas.

Con inocultable arraigo en su provincia, Salta, donde se formó junto a su padre, el gran poeta Manuel Castilla –omnipresente en sus libros– su madre y sus hermanos, en la proximidad de personajes ligados a la tierra, la copla, las devociones y el vino; formado asimismo en una cultura intelectual, cimentada en vastas lecturas, viajes y confrontación de ideas, Teuco se ubica en una encrucijada cultural que la decadencia de la vida moderna parece haber agudizado. Apuesto, por mi parte, a que su cuota de pensamiento crítico no ha logrado abolir las fuertes vivencias de su infancia ni su contigüidad con mitos y devociones propias de su región natal. Por el contrario, es esa lucidez adquirida con el tiempo la que le ha permitido valorizar esa herencia, dinamizada por su disposición poética y visionaria.

Sólo así se explica este bello libro – ¿y qué cosa es la belleza sino el estremecimiento que produce el esplendor de lo sagrado? - donde un hablante que no se oculta en modo alguno pero tampoco se muestra ostensiblemente, oye las voces del silencio, percibe y comunica el misterio real, dialoga familiarmente con sus muertos, prevé y convive con su propia muerte. Teuco Castilla, como ya he dicho, toma la suficiente distancia como para visualizar su propio *estar*, su situación existencial en el tiempo y en el mundo, las características de su actitud personal, declarada en el poema que inicia el libro, dedicado a Pedro González:

Bebo con mis dioses/ con Xangó, dios del trueno/ protector del ebrio y el amante/ (...) Bebo con Vishnú, a quien no pude despertar de su lento absoluto... Bebo con la Pachamama, porque le pertenezco... y con el Señor del Milagro, que brillaba como un fruto / en el terror / en el luto/ y el espejismo del alma de mis abuelos (...) Y estoy yo, ateo, sin iglesias/ milagroso/ y en otro rincón7 también yo con siete años/ mirándome mirar/ los sentires de mi madre7 y a mi padre ardiendo7 maravillado7 herido 7 entre cantores difuntos (...)

El sentido de la "irrealidad" que se superpone a su visión cotidiana lo acerca, tanto a un cuadro de Magritte como a las ancestrales tradiciones del Norte Argentino, que se abren a la América Latina. El surrealismo, por imperfecto que haya sido, fue como dice Pierre Mabilie un *donner à voir*, una apertura hacia otras órbitas culturales que pocos de sus actores europeos se atrevieron a transitar. Lo evoco naturalmente cuando leo en el texto de Leopoldo Castilla *De esas dos mitades sólo una es real. /Hechizada por su aparición,/ y antes que la luz la disuelva / engendró la otra para verse.* o bien esta otra declaración, que surge de un grupo familiar que mira cómo el muerto se va de la fotografía: *El hombre (...)nada, sonámbulo, en el cardumen de los antepasados/ y va tenue de pensamiento/ a ese otro pensamiento/ que es la muerte.*

Si me permito atribuir al poeta una actitud implícitamente religiosa lo hago en base a su relación con lo tremendo y fascinante que los antropólogos han definido como zona sagrada, y no por un concepto de Dios, o una teología dogmática. Hablar del *hueco de dios* es percibir de alguna manera el polo oculto de la realidad, la otra cara de lo visible. Desde esa percepción ampliada se visualiza toda realidad natural como espectral, fugitiva, tendida a su propia consumación ineludible. Frecuenta Teuco la proximidad de un saber que es del hombre supersticioso, con quien en cierto modo se identifica porque él también *vuela insurrecto por su cristalería* del campesino, que el primero de agosto, en Salta, sahuma su casa y ofrenda a la Pachamama. *Dicen los campesinos que el primero de agosto las piedras paren...* Desfilan por las páginas de Teuco otros personajes, de su patria y de otras patrias, una griega nonagenaria a punto de *desnacerse* vuelve a ser la niña Kiriaki Silves, *naciendo donde nada se ha salvado*. Otro, ya desapareciendo del cuadro, *necesita cada vez más mundo para aparecer.*

Vemos paisajes de trasmundo, tardes cotidianas atravesadas por un aire de muerte, hombres que van *hacia dios* y otros que se despeñan hacia sí mismos. Y los amigos Francisco Madariaga, Joaquín Giannuzzi, que han transpuesto el límite de lo diurno, evocados en poemas antológicos.

Finalmente, los padres vuelven a tener su lugar en la poesía de Leopoldo Castilla, una poesía no elegíaca sino trágica, pero casi despojada de dramatismo: poesía donde la tragicidad del vivir y el morir es aceptada como esencia de la condición humana, es su prodigio inagotable, su paulatina revelación.



Olga-Lucía Londoño P.

Un envío de Pablo Neruda

Pedro Lastra

para Adam Hurewitz, que me animó
a escribir esta historia

No sé muy bien cómo contar esta ocurrencia, para mí conmovedora y sorprendente; pero sé que debo contarla de algún modo. ¿Por dónde empezar? Aunque su comienzo se remonta a mayo o junio de 1973, yo no vine a conocer tan singular entramado de acontecimientos sino treinta y seis años después: precisamente, el jueves 5 de febrero de este 2009.



Mi viejo amigo Hernán Loyola me visitó ese día en la Editorial Universitaria, un lugar en el cual solíamos encontrarnos en el pasado, antes de las turbulencias que nos alejaron desde aquel septiembre de mala memoria: Como muchos lo saben, el periplo de Hernán como exiliado fue muy largo y, desde luego, yo no lo ignoraba: primero, Bordeaux, luego Budapest y por último Sassari, con variados o repetidos pasajes de uno a otro sitio; sabía también de sus fugaces regresos a Chile en estos años y de sus múltiples trabajos, que han culminado con la edición de las *Obras completas* de Pablo Neruda.

Es cierto que de vez en cuando el correo nos acercaba con cartas, con paquetes de libros o con noticias de nuestras andanzas; pero hubo también tiempos en los cuales el trato

directo desaparecía y sólo nos reencontrábamos, por así decirlo, en el “espacio literario”. En treinta y seis años se alejan o se borran muchas cosas.

De ahí la novedad del 5 de febrero: Hernán Loyola estaba en Santiago y me llamaba para anunciarme una visita. Me anticipó también una sorpresa, pero se negó a adelantarme en qué consistiría.

Horas después estaba Hernán entregándome lo prometido: un sobre, algo envejecido aunque muy bien conservado, que ostentaba en la mitad inferior el conocidísimo logo de Pablo Neruda. Y sobre ese logo vi escrito mi apellido, con la tinta verde y la letra inconfundibles del poeta. Tuve la fugaz impresión de estar recibiendo un mensaje de otro mundo.

Por algunos instantes no atiné a abrir el sobre, hasta que Hernán me instó a hacerlo. Y de allí saqué un libro de floral y colorida cubierta en la cual se leía:

Pablo Neruda/ *Cuatro poemas/ escritos en Francia*

Se trataba de una hermosa edición para coleccionistas, de ésas que Neruda acostumbraba publicar en limitados tirajes para celebrar alguna ocasión o circunstancia especial. Esta se había terminado de imprimir el 31 de diciembre de 1972 y constaba de trescientos ejemplares, de los cuales los cien primeros habían sido “impresos en papel pluma especial con cubierta de papel Fantasía” y numerados de I a C. El ejemplar que me había asignado el poeta era el número XII y su dedicatoria decía:

a Pedro Lastra/ con un abrazo/ Pablo Neruda/ Isla Negra 1973

Quedé perplejo al recibir ese envío, del cual nunca me habló Hernán en ese largo plazo de distanciamientos. Y tan perplejo como yo estaba el poeta Sergio Rodríguez Saavedra que me acompañaba esa tarde en la Editorial.

Una sorpresa semejante no se recibe sin algún sobresalto del ánimo, por lo que entonces entendí una pregunta hecha por Hernán al llamarme esa mañana y que me pareció, y en efecto era, una broma cordial: ¿Cómo te encuentras? ¿Está bien tu corazón? Ahora me confirmaba que ese envío venía ciertamente de otro y otros mundos, porque desde 1973 el sobre con los *Cuatro poemas* ... había estado en muchas partes después del allanamiento de su casa en Santiago, y por razones como ésa, y por otras que tenían que ver con los azares de sus desplazamientos, sometido a peligros de pérdidas o

extravíos. Me dijo que alguna vez - al hallarlo entre sus libros y papeles - había pensado enviármelo por correo; pero detenido por aquel temor prefirió mantenerlo sin decirme nada hasta poder entregármelo personalmente. Ahora lo hacía, dando fiel cumplimiento a lo encomendado por Neruda y procurándole a su amigo reencontrado una multiplicada alegría. No necesito encarecer mi aprecio por ese gesto de Hernán, que tanto dice de su ejemplar sentido de la amistad.

* * * * *

Estos poemas que Neruda quiso hacerme llegar pocos meses antes de su muerte, me han llevado a recordar las muchas manifestaciones de su simpatía, recibidas desde mi juventud y mis comienzos literarios. He contado en otros lugares cuánto significaron para mí ciertos encuentros con él, y de qué manera su generosa disposición para informarse de mis trabajos como editor, o simplemente como lector, se tradujo en obras o en escritos que algo han de haber significado a su vez para otros: en 1970 me animó a reeditar los cuentos de Juan Emar y consintió en escribir un prólogo para el libro que decidí incluir de inmediato en la colección "Letras de América" que yo dirigía en la Editorial Universitaria. No menos productivos fueron otros diálogos sobre asuntos y libros muy variados: la *Historia general del Reino de Chile*, del padre Diego de Rosales (pensó una vez encargarme una selección de esa historia para una posible serie que proyectaba); su invitación a una lectura detenida de Benjamín Vicuña Mackenna, u otras reflexiones y noticias sobre algunos escritores del siglo XIX, y esto desde que se enteró de mi dedicación a ese período de la literatura hispanoamericana. Su aproximación a cuestiones literarias tan diversas como las que he mencionado, me fueron revelando a través de los años un lado de su personalidad no siempre conocido por los lectores de su poesía e incluso negado por sus detractores: el de un intelectual abierto a incitaciones culturales e históricas aparentemente distanciadas de sus intereses como poeta. El libro traído por Hernán viene a decirme que en esos diálogos para mí tan memorables, él pudo verme como un atento auditor suyo, preocupado además por no desviarse demasiado de su vocación. A las emociones suscitadas por el hecho relatado en estas páginas se suma, pues, mi reconocimiento por su enriquecedor y amistoso magisterio.

Santiago de Chile, marzo de 2009

Educación en la ciudad para la Cultura

Carlos-Enrique Ruiz

*... sólo una campaña intensa por la cultura,
puede salvarnos de la apatía intelectual en
la que naufragamos.*
Daniel Samper-Ortega

[En carta a Luis Eduardo Nieto-Caballero, 1933]

*No hay norma cultural que sea más fuerte y
al mismo tiempo genere más solidaridad
que la reciprocidad...*

Antanas Mockus

[En: "El Tiempo", Bogotá, 23.II.09; p. 1-15]

La ciudad en el mundo de las cosas

La literatura suele ser fuente de grandes verdades; muchas de ellas pasan de largo en la ciencia y la filosofía, y por supuesto con la amplia indiferencia de la vida diaria. A ella acudimos en recurso de exploración y de distraer momentos difíciles de la cotidianidad. "La montaña del alma", de Gao Xingjian, es una de las grandes creaciones del siglo XX, y en la que saboreamos, a veces con dolor, verdades cruciales de nuestro tiempo, como cuando se refiere a la manera del hombre salvar "una especie que ha perdido su capacidad de supervivencia", y a la vez acelerar la destrucción del entorno que le permite subsistir, sin tomar en cuenta que la

Intervención en
la Universidad
Autónoma de
Manizales –
UAM, 16 de mar-
zo de 2009 -Jor-
nada de reflexión
sobre *Ciudad,
Educación y
Cultura-*

naturaleza acaba por cobrar venganza. La respuesta está a la vista en el mundo que nos tocó. Y aquella sabiduría recia de Oriente, y de las comunidades ancestrales, no hizo buen lugar en la conciencia de los pobres mortales.

Por otra parte, desde el presocrático Tales de Mileto advertimos que *todas las cosas están repletas de dioses*, con la consecuencia de encontrarse animados los seres: han cobrado vida a su manera, interactúan hasta descubrirse algunos en la capacidad de diálogo, de controversia, aun en la capacidad de rechazo, de exclusión, con las consecuencias drásticas que advertimos en los días.

Aquellos temas están involucrados en la vida diaria de la Ciudad. Ciudad como existencia de humanos congregados en lugares de vivienda, de interrelación, calles, parques, instituciones, y hasta sitios desolados por el miedo, con historias propias, producto, casi siempre, del desenvolvimiento espontáneo, en sucesión o simultaneidad, de características agrarias y feudales, de supuesto señorío colonial, comerciales e industriales, y hasta cosmopolitas. La ciudad adquiere sentido al darse en la vida diaria formas de relaciones entre las personas, entre estas y los espacios, y también los espacios entre ellos. El urbanismo es un arte del diseño para generar esos lugares que permitan habitar a muchas personas, con satisfacción deseada. La intención que subyace es la existencia en común, con la puesta en escena de normas que puedan regularla, despertadas por las necesidades de vida diaria en la propia comunidad.

La ciudad es una conquista de civilización. En ella se consigue compartir logros y necesidades, en busca de bienestar. Tenemos más a mano los medios de transporte, las calles de caminar, las escuelas básicas, las de artes y oficios, y establecimientos de educación superior para la formación de los ciudadanos, y las edificaciones de residencia, las de gobierno, de culto, justicia, bibliotecas, museos y teatros. Los parques aparecen por ahí, en ocasiones, como resultado de planificación acertada, pero casi siempre como residuos de urbanizaciones. Intereses de diversa naturaleza compiten por los terrenos y los lugares, para alcanzar oportunidades de mejoramiento personal o colectivo. Manizales, la nuestra, no escapa al fenómeno del paso de pueblo a ciudad, con sus particularidades.

Educación para sobrevivir

Se ha olvidado que en los procesos de ciudad el elemento fundamental es la Educación, en sus diversas formas y manifestaciones, de la mano de necesida-

des básicas satisfechas. Educación para fortalecer cualidades que la humanidad ha esclarecido desde las culturas más antiguas, en un proceso de enriquecimiento. La educación es educación para la sobrevivencia integral en dignidad, es decir, educación para el trabajo, y en simultaneidad, educación para la coexistencia. Esas cualidades que la Cultura ha acumulado en su acervo, no son otras que: solidaridad, respeto en las diferencias, la comprensión del otro, por diverso o dispar que sea, sentido del mejoramiento continuo, voluntad de enfrentar los problemas con mentalidad dispuesta al libre examen y al trabajo en mancomún. Pero hay dos valores que son la base de todos los demás: respeto y solidaridad.

En la ciudad palpita la idea de progreso, como una flecha que iría a un blanco, cada vez más lejano, inalcanzable. En aquella expectativa, de apuntar y no llegar, se encuentra la utopía. Al pasar del calendario, otros asuntos ocurren en multitud y en atropello. El ser que se hace al pensamiento y a la conciencia, fluye, transita por bosques y luego por praderas, y un poco más tarde por desiertos con uno que otro oasis, y después, nada de eso, tan solo... desolación. Y al final, todo parece comenzar de nuevo.

La ciudad continúa siendo una utopía, una realidad deseada que se presume no puede alcanzarse. Utopía en tanto inquietud por lo desconocido, o por lo que no puede aprehenderse en su conjunto. Lo será una intuición, o los pasos de más adelante, todavía sin darse. O los sueños, por torpes y sencillos que se quedan inmóviles ante los ojos al despertar. Tomás Moro estableció en su *Utopía* que los trabajadores son *hombres libres*, y la sociedad debe organizarse de acuerdo con los intereses de esos *hombres libres*, bajo un pensar político de una realidad imaginaria. Se trataría de sostener ambiciones concebidas como realizables, para acercarse progresivamente a ellas, e ir las redefiniendo, con graduales resultados.

Educar es más difícil que despoblar la naturaleza de árboles, y de todo tipo de otros seres, con los semejantes como objetivo del rechazo que ha hecho hábito. Pero lo increíble radica en que educar es la utopía en la vida diaria de las sociedades. Todavía no confiamos en el proceso pedagógico, permanente y generalizado. Fácil es eliminar al contradictor; lo difícil y de reto ha de ser convencerlo, o dejarnos convencer, por la persuasión, la vía de la razón dialogada, el discernimiento, con preparación conjunta de argumentos y de espacio a compartir, sin soluciones únicas;

con asuntos de llevar en común y otros de abandonar, pero los que se asuman como problemáticos será para conducirlos en el proceso de la elaboración mutua, con desarrollos y soluciones, sin eludir las responsabilidades y las mutaciones individuales, mucho menos las consecuencias de nuestros propios actos.

El desarrollo se ha marcado siempre desigual, e injusto, con sobrevivencia, o mejor: sub-vivencia, en estado permanente de crisis, de múltiples ramificaciones. Suficiente resulta al pensar en lo ocurrido con los judíos del Holocausto, con los palestinos de Gaza, los *Tutsis* en el África, los *musulmanes* en Sarajevo y Chechenia, los *kosovo-albaneses*, los de Timor Oriental,.... los indígenas guahibos, embera-catíos, awás... de nosotros,... en fin, con las minorías étnicas, religiosas, o con los disidentes de cualquier lugar. Y con tantos núcleos de población en esta Colombia fantasiosa y talismánica, ruidosa e insaciable en la desmesura.

Una política sensata, urgente, de Estado, asumiría la Educación como eje del desarrollo, sin perderle fascinación a la utopía, con elaboración continua de experiencias universales y de las ancestrales y locales, pero ocupándose de la formación seria y continua de maestros, con mejoramiento de su estatus de vida y del merecido reconocimiento social. Y al ser la ciudad logro significativo de civilización, será en ella donde deberá ponderarse la Educación, sin detrimento, por supuesto, de la educación en el campo. Aquella educación para el trabajo y la sobrevivencia en dignidad, que digo, no estará solo orientada a los procedimientos pragmáticos, también lo estará, y deseable en mayor grado, a fortalecer la capacidad de pensamiento, de análisis, de establecer nexos entre conocimientos y en la dinámica para aprender por sí mismo, en relación con lo otro y los otros; pero también fortalecer la capacidad estética, la aptitud para disfrutar el arte, a palpar con un deslumbrante ocaso, o con el cernido de luz en el rocío de un pétalo.

Ciudadanía en naturaleza

En la base de los diferentes niveles de la educación, estará palpitante la idea de construir ciudadanía, formar ciudadanos con capacidad de interactuar, con solidaridad y respeto, en acatamiento a normas, debidamente asimiladas. Esa base, a la vez centro, es la *cultura ciudadana*. Se llega a ser ciudadano no por mandato de una credencial que en una cierta edad nos otorga institución del

Estado. Se es ciudadano cuando adquirimos, interiorizados, esos dos valores esenciales: el respeto y la solidaridad, con acatamiento a las pautas de vida en común. Es la educación, por consiguiente, la responsable de construir ciudadanía, como responsabilidad de política de Estado. Pero resulta que en nuestras formalidades escolares el tema suele ser ajeno.

El caso más sobresaliente en Colombia, con eco en otros países, es el de Antanas Mockus, quien se la ha jugado toda para articular educación con cultura de ciudad, con resultados altamente encomiables, pero limitados porque no se han vuelto política de Estado. El Estado, en la forma explícita de gobierno, se preocupa más por los conflictos del día a día, sin atender anomalías crónicas como la corrupción, expresión de ambiciones personales de codicia.

Tan impactante es la experiencia de Antanas, teórica y práctica, que cuando los derrumbes en túneles de Chingaza (1997) movilizó a toda la población capitalina para emprender ahorro voluntario de agua, sin mediar decretos ni acciones impositivas, con intensa campaña educadora, pedagógica: sin represión alguna consiguió bajar el consumo doméstico de agua de 27 a 16 metros cúbicos por familia mes, lo que representa cifras descomunales en volúmenes de agua y en dinero. Y cuando el atentado terrorista a válvula de la misma represa (2002), lanzó la campaña de resistencia civil (la "no violencia" de Gandhi) con las consignas: "Contra la destrucción, construcción" y "Por Bogotá, construcción". Casos únicos en el mundo que han sido más valorados en otros países que en el nuestro, donde olvidamos lo bueno con morbosa complacencia. En especial aquel primer resultado muestra el singular alcance de la tarea educativa, cuando se tiene claridad en la estrategia de dirección y capacidad de convencimiento por la bondad esperable en los resultados. ¿Por qué razón ejemplo de esa magnitud no ha tenido consecuencias para acudir a la educación como medio de transformaciones radicales? La ceguera mental, y los intereses personales y de *grupos de poder*, no han permitido socialmente asumir una experiencia de trascendencia tal.

Por lo pronto nos queda el recurso de la cultura y el arte, como viene aconteciendo en Manizales, ciudad intermedia que acentúa su carácter primero en la vocación por la música, y en conexión, por las demás expresiones del arte,

como el teatro, la plástica,... la narrativa, la poesía... En nuestra ciudad, hay que aceptarlo a tiempo, las fortalezas comparativas están en las ofertas de educación, con la preocupación por la calidad creciente, comenzando por los modelos de *escuela nueva* y *escuela activa urbana*, con puntos altos de referencia en programas universitarios, en una matriz envolvente de las expresiones del Arte, pero, también hay que decirlo, con inmenso déficit en "cultura ciudadana", con carencias sustantivas en la interacción de las personas en los lugares públicos: no hemos aprendido a respetar, por ejemplo, los pasos peatonales, ni los paraderos obligantes para taxis, busetas y buses, ni hemos aprendido a no arrojar basuras donde no es debido, ni a cederle el puesto a la mujer, al anciano, al desvalido... Y la inseguridad estremece por las calles y los barrios.

"Nonólogo" para la existencia en común

El contenido de lo expresado lo congreco en el siguiente "nonólogo" que articula educación, cultura y ciudad, con premisa:

A la idea y ejercicio de ciudad, con el principio inalienable de ser sagrada la vida, le debe ser consustancial, inmanente, la educación para todos, en la forma de médula, de motor, de dinamo, de razón de ser en su desenvolvimiento,

para:

- Respetarnos en la diversidad y en las diferencias;
- Acatar la Ley y en general las normas, e intervenir en mecanismos conductentes a su transformación, con argumentos;
- Rescatar los deberes, en el sentido de las responsabilidades;
- Desarrollar y fortalecer la racionalidad pública y la individual, al igual que la capacidad de construir acuerdos y de acatarlos;
- Adoptar la cultura de la participación, con el propósito de lograr convivencia en creatividad y laboriosidad, y no tolerar alianzas con malandrines, delincuentes, capos y mafias;
- Conocer a nuestros vecinos de cuadra y barrio, con posibilidades de colaboración mutua;

- Reconocer con sus nombres y proteger microcuencas y quebradas, las especies arbóreas, la plantas de jardines, la avifauna de la ciudad, y las obras del arte público;

- Participar de la recuperación medio-ambiental, en mayor grado con el establecimiento en la ciudad/región de un "Centro de investigación de excelencia sobre el cambio climático" [idea/propuesta de Diego Ramírez-Lema], y

- Alcanzar un buen gobierno.

La consecuencia global sería la existencia, como estado de normalidad, de conductas éticas y morales universalmente aceptables, con predominio del bienestar, como objetivo de búsqueda continua.

Lo inquietante en lo poético

El Premio Nóbel José Saramago, a propósito del drama del genocidio, se hizo en público, en 1999, una serie de preguntas de las cuales destaco: "... ¿Se levantará el mundo cuando ya esté a punto de perderse el mundo?... ¿Cuándo terminará la hipocresía de quienes mandan?... ¿Cuándo dejaremos de llorar sobre nosotros mismos? ¿Cuándo dejaremos de decir que no tenemos culpa?". Interrogantes que también nos deben llevar a la meditación en común, para apuntalar procedimientos que permitan abrir el anhelado gran camino hacia una sociedad incluyente, con predominio del respeto y la solidaridad, con la Educación como instrumento del gran salto, para alcanzar pronta satisfacción de las necesidades básicas, en el campo y la ciudad.

Nuestro tiempo está signado por el acontecer de la ciudad, y de ella dependerá en gran medida el futuro de las gentes, y del planeta. ¿Continuaremos siendo indiferentes? ¿Se aceptará la urgencia de un cambio radical en el modelo de desarrollo?

¿Por qué no acatar, también pregunto, la reciente sugerencia de Bután, un diminuto reino al sur del Himalaya, de no seguir midiendo el avance de los pueblos por la variación del *producto interno bruto (PIB)*, sino adoptar como medida del desarrollo el *producto nacional de felicidad (PIF ó PNF)*, o a través de lo que algunos economistas de avanzada, innovadores

y pertinentes, llaman el *índice global de felicidad (Happy Planet Index)*
o el *índice de pobreza subjetiva (IPS)*?

Concluyo con esta visión interior de mi ciudad:

*Siempre vestida de impalpable atardecer
como la lejanía*

Fernando Charry-Lara

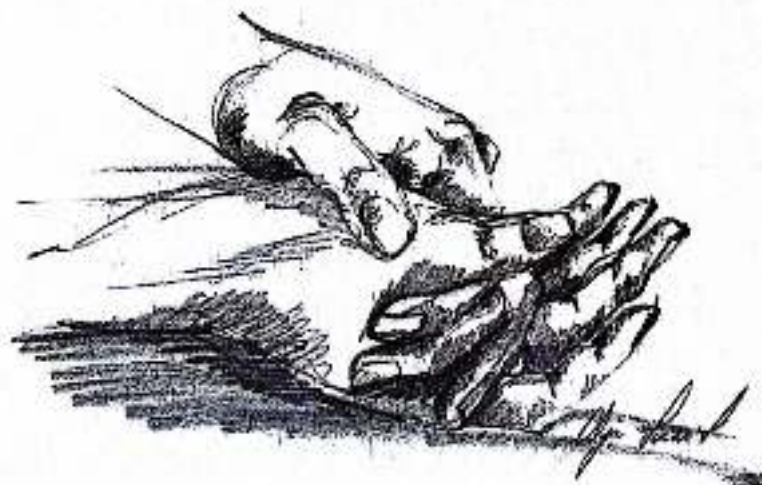
Manizales

En tu conformación de vértigo
se acunaron la niebla y los atardeceres de fuego.
Figuras fantasmales vestidas de luz
cubiertas con el color cenizo de la tierra
trashumantes ellas

siempre ávidas de infinito

recorren las calles
vigilando tu ambición de montaña
y tu descenso a la noche/

[de los sueños].



Olga-Lucía Londoño P.

Los sueños dorados

Eduardo García-Aguilar

"Göttliches trift unteilnehmende nicht"
("No atañe lo divino a quienes no lo sean")
DIE TITANEN. Hölderlin.

"Qué escarramán tan horrible...
era la muerte que venía por él"
Tomás Carrasquilla

Con él, todos los suyos se equivocaron de siglo. Ciegos, lelos, embebidos por su desesperante grandeza, aplastados por monumentos de pompa, ruinas rancias, calles empinadas y agujas de catedral gótica, inútiles, aburridos, los habitantes de esta ciudad estaban condenados a caer sin vértigo ni arrepentimiento en el abismo de su propia verdad.

Los rodeaba un país que burló sus inconsecuencias como si no hubiera pecado y guardara en su pegajosa compostura, el aviso de la redención, la condena o el ridículo. Eran pocos, pero grandes frente al juicio que atravesaba calles: imprecación al fofo orgullo, a las feas catedrales de hormigón, a la fastuosa impostura que se hundía en los suelos volcánicos como una lombriz de tierra, descreída y temerosa, recatada y digna ante el peligro exterior; retahíla malévola de cafres y sabandijas; romería de infamia escondida en el oscuro acecho de la intimidación.



Lo vio todo y lo supo todo esa noche al borde de la quebrada de Olivares, en el puente cerrado. El cielo negro y opaco se cernía sobre él como el fuego sobre la ciudad almacenada en el filo de los Andes. Ardía el fuego en la ciudad (el incendio de 1925), devastando los mercados repletos de especias, viandas, cereales y canastas de paja; introduciéndose aquí y allá en un incesante revuelo de llamaradas que arremetían contra la vieja catedral, deshaciendo una a una sus cúpulas, explotando los murales y vitrales en un reguero de vidrios y tinta; gritaban las gentes que se amontonaban en las calles empantanadas, resbalándose unas detrás de otras entre las mangueras raquíticas del cuerpo de bomberos. Lo vio todo, lo supo todo, las gentes huían de las inundaciones con un fardo debajo del brazo dispuestos a chuzar y a agredir a quienes osaran pelearles su mezquina ración; vio las gentes ocultándose mutuamente la mirada, escondiéndose de los otros y él mismo como un aburrido gracioso que encontraba por fin un secreto recodo de ciudad para esconderse del ridículo que provocaba públicamente.

Había ido al puente de Olivares como tantas otras noches esperando ver ese túnel largo y azaroso que zigzagueaba desde hacía tantos años, la luz que le enseñara su dirección. Supo entre el agua y el fuego que en esa oscuridad arrullada por los grillos y el croar de las ranas, el zumbido de los zancudos y el olor vegetal, estaba preso entre dos corazonadas.

Su madre tuvo que encerrarse solitaria, purpúrea, morada, arrepentida como un santo cubierto de telas violetas en un cuarto oscuro de la finca de Petronio Zuluaga. ¿Cuántas veces después de su pecado (el pecado de ser mujer, nada más) hubo de arrepentirse con sinceridad en las acogedoras salas de las viejas, rugosas y callientas amigas? Ella y las suyas unieron sus lágrimas y su negligencia por las flores que otrora cubrieran patios y mercados de la galería central, como presagios opacos de ojos muertos, inútiles, arqueados por la fatiga del desprecio, miopes, cataráticos, reducidos al miserable papel de captar imágenes ennaftalinadas de poltornas y pianos relucientes, flores, telarañas de lana, cortinas, macramés, tejidos de crochet para mesitas de centro, fieles ojos de leonas sobrepasadas, comprobación de una pena que no fue castigo personal, sino purgatorio de pecados vividos, cometidos y divulgados en este pueblo neblino. ¿Acaso, preguntan los más lúcidos, acaso son las pobres viejas, las únicas pecadoras imperecederas de una ciudad sin nombre ni genealogías añejas?

En su encierro, muy lejos de sus hijos, ella sentía arreciar la lluvia en las calles, el granizo golpear las marquosinas rodando por las canaletas verdes, ruido de goteras sobre sus oídos cerrados: música lejana y monótona que arrastra en su liquidez marina la escoria de la blasfemia.

Su vida era simple: recibir dos amigas de exilio en una salita oscura, hablarles, ofrecerles chocolate por las tardes. De mañana, cuando cantaban los primeros gallos que aún picoteaban sobre la ciudad, entre el rezo de las camanduleras, recibir su "cáliz" amargo, luego huir de la noticia o encontrarla, rezar oraciones antes de ir a misa, oler la tinta fresca del diario y aprovechar la mañana y los huevos fritos y el café, para acelerar su inactividad, observando su panza gusanienta, arrugada como uva pasa, que sólo sirvió para parir adefesios, rozar las varandas desteñidas, regresar en su carne como barcarola, perdición marinera, naufragio de nautilus, percibir albricias matutinas esperando la noticia del perdón.

Aunque él lo sabía, se resistía a creerlo. A pesar de tanto tiempo derrochado en su andanzas por Europa, no olvidó que tras los visillos opacos de las ventanas del cuarto de arriba, donde ahora repartía turrónes y trufas (el cuarto de la adolescencia, esa inseguridad hecha vida), se veía cruzar las muchachas del colegio Isabel la Católica, con el uniforme azul y el camafeo de abejas.

Había vuelto a la ciudad, causa de causas, insomnio de insomnios, vertedero de pesadillas, dispuesto a acompañarse de notarios, abominables secretarios de juez, terrosos personeros de caspa transidos, de grasa brillados, aposento de noches y cuervos y espantapájaros, eco de perros sarnosos e hidrópicos, trastabillamiento de rezos y de comuniones, de ascenciones y traicioncillas, de mentirillas y cuchicheo de correveidiles, señoritas de sombreritos preguntándole a otra por qué fulanita de tal había salido con sutanito a las diez, risitas de unos y lágrimas de otros, discursitos y mezquindades pequeñas pasando de un lado para otro, corriendo de sala en sala, de chocolate en tamaleada, de natillita a pavito relleno, ciudad alejandrino recitado, ciudad soneto crapuloso, ciudad endecasílabo babiento, ciudad endecha pelechona, ciudad sinalefa fofa, ciudad silogismo, sosa enmienda de torres negras pinceladas con un juego de araucarias y cipreses. Había vuelto por el ruego de su padre, el ambiguo.

La comida de recibimiento se ofreció en el patio de primaveras; todo estaba dispuesto sobre una mesa grabada en relieve, cuyo mantel hacía resaltar las

bandejitas de ensalada, cidras para frijoles de tugurio, coles verdes para cocinar en aguasal, zanahorias, pepinos berrugones, rábanos, tomates obesos partidos en forma de estrella con la barriga desparramada en el arroz, carne de gallina sarabeada, muslo, pechuga, costillal, ala, pata, molleja, tripamenta, rabo, pescuezo, naturaleza muerta, hosca, aroma de mala suerte. Cuando fueron a la mesa, ninguno de los comensales se había descubierto. Los abuelos comprendían su infamia apesadumbrados por la obligatoria paciencia de la muerte verdadera; los padres obsequiaban con su diligente diplomacia a unos jóvenes, que unidos en el azar, sufrían por esa mujer ausente, perdida en su horrible vestidura de fracaso doméstico. Al condenarse los había condenado. Perdida en lo inocuo y en lo antihigiénico, llena de pecas seniles, arrugas a destiempo, malos olores, desgarramientos y barrigas prematuras, denegó toda posibilidad de salvación en la queja repetitiva de dolores, lumbagos, reumatismos. La comida comenzó esa noche con el balanceamiento de las bombas de fantasía, el cuidadoso reguero de serpentinas y confetis, los ventarrones del sur que con suma delicadeza sobaban las marquesinas de la estancia y las hojas del magnolio del patio. La nube, cumplida siempre en su nocturno rezago ciudadano había dejado hilachas de agua en las montañas cercanas, como si supiera que esta noche era la noche y toda insidiosa intromisión acuática fuera bautizo de grandeza.

Un sonido de copas tintineantes y carrasposos estornudos fue suficiente para que todo comenzara y el vaiviene de vecinos y amigos atareados en la misión de saludar lo insalubre y abrazar lo inabrazable se cimió como pretexto de fiesta, entreverre de corazones. Nadie habría de pronunciar la palabra que correspondiese al secreto de los mismos ni tampoco, del fondo de esa nuca triste reposada sobre el espaldar, podía saberse si la noche era noche o si el día fiesta, aún menos si era día de muerte o despedida; noche que los ciros ofrecían en su helada y tiritante blancura. Aquello fue un murmullo de voces, no una fiesta. Nadie había visto a Emilio, padre de Bernardo, hijo de Naciencemo I, misterioso como siempre en su trágico encierro. No estaba allí, pero su ausencia era concreta y puntual como una estancia pesada.

Instantes después, todos dirigieron sus miradas hacia el corredor de atrás que estaba iluminado por una luz anaranjada como en las lunas de las enciclopedias ilustradas a colores. Bernardo también dirigió la suya, depositando su copa en su mesa de caoba.

En medio del tumulto apareció la enjuta y recia figura de Don Emilio, en la puerta que daba al corredor de atrás, con la mirada perdida de quienes todo han visto, mirando al grupo de comensales con la certeza de su verdadera inocuidad. Nadie supo si había mirado alguna vez en su vida, si sus retinas y sus músculos ópticos se habían cuadrado un instante frente a la *cosa*, pegándose al mandarino o al guamo, adhiriéndose al reloj, captando el camafeo azul, fotografiando el retrato de los abuelos, la bicicleta. No había mirado nunca, como si supiera anticipadamente, mucho antes de que naciera, qué cosa vería a una hora precisa de un día en un mes y un año cualquiera.

Tampoco habría de reír (ya otros habían llorado y reído por él), ni de preocuparse por su hijos que le habían abandonado hacía tantos años dejándolo entre mujeres perdidas, desquiciadas, mequetrefe extraño, pcelele pelado, vergonzante herida, mucca, débil pálpito de pálpitos. De qué valían las palabras malbaratadas, cuando un hombre debe guardar en su silencio la profunda verdad y la rica mentira ?.

“Quiero irme”, le disparó Bernardo a quemarropa, antes de que inteviniera. “Estoy enamorado”, agregó.

Sobre los tablones brillantes del corredor de atrás se observaron las sombras de las mandíbulas silenciosas de Emilio cuando respondió sin mucho esfuerzo, “qué bellos son los treinta años, para dejarlos en manos de jóvenes de treinta años..... de qué barbara ambigüedad estás enamorado que has olvidado hasta tu propio origen?”.

Bernardo no tardó en responder como si ya tuviera en las cuerdas vocales la frase necesaria: “no me importa si es una bárbara ambigüedad, es amor”.

“Escucha –le dijo Emilio- escucha, te llevaré por este camino empedrado que desciende despacio sobre tierra roja de volcán zalamero y dormido, furioso e iracundo vomitador, tierra roja, barro de la cerámica, barro del cacique, barro resbaloso por donde puedes caer si está lloviznando, Bernardo, hijo, *sobre quien he construido mi ilusión*. Te llevaré a verla, no gritarás, no alcanzarán tus pulmones a recoger tanta respiración contenida. Todos me acusan, me inculpan porque ella está en la finca de Petronio Zuluaga, más allá del puente de Olivares, entre el chircal y el árbol de brujas y el tiritar cosquilloso de luces pueblerinas en la noche, te llevaré despacio, Bernardo, hijo, *en quien se ha frustrado mi última esperanza*, para que veas y sepas que morí hace

tiempo esperando tu regreso para darte el lío, pues no hay otro remedio, cargarás con tu madre. Debí morir hace mucho, creo, porque ya no veo aunque vea, no escucho aunque oiga, no hablo aunque diga, soy un fantasma de carne y hueso esperando desde la mañana de los tres nevados, hasta el verde atardecer de cañaduzales; te llevaré ahora mientras ellos cantan, ríen y celebran tu llegada, *tu muerte*. No intento convencerte, pues todo está decidido: hay dos lucideces, la de quien vive como sombra de otros, los que admiran y la de quien es sombra propia y vive sólo para sí, porque ni siquiera podría admirarse. Debes entenderlo. Te llevaré de noche para que la veas postrada en su cama, domida, encerrada con su piel mortecina; te llevaré por aquí en medio de casitas pobres y fogones de carbón, tiendas y abundancias, gentes que reptan en la oscuridad y zumban apegados a una vida de protozoarios; te llevaré por el puente de Olivares a donde tu venías a pensar en los suicidados; te llevaré yo, no de la mano como hace tantos años, sino hombro a hombro, porque he sobrevivido demasiado, he perdido tantas ilusiones, que comienzo a repetir las que me iniciaron en la tarea de soñar este túnel tan largo; te llevaré para que la veas allí postrada, pobrecita, tirada en la esquina de un cuarto de altas paredes blancas y viejas vigas desde donde cuelgan matas y enredaderas y pencales de suerte, te llevaré a la finca de Petronio Zuluaga”.

Bernardo se le acercó tomándolo del brazo, “no quiero traicionarte”, le dijo.

“No, no es problema de traición”, respondió y Emilio, “el mundo es una incesante sucesión de juventudes frustradas, una larga y penosa añoranza, sólo se salvan los que renuncian. Tú también estás perdido, nos hundimos los dos. Te sugerí la gloria como a los titanes, te mostré el blanco de los nevados en la noche oscura, te mostré las torres de la catedral y te dije, eso es grandeza. Hace muchos años de aquello, un 24 de diciembre por la noche pasando por el parque infantil, había juegos, burritos, canoas bajantes, columpios, chocitas de paja, obleas con mermelada. Tantos años Bernardo, tantos, por dios, quédate, no me dejes solo con Hortensia, no me dejes solo con esa eczemoza (ecce femina), por favor, es comodidad, lo se pero no soy el primer egoísta”.

“Calma, calma Emilio”, le dijo Bernardo, “no vas a desmoronarte después de tantos años de fortaleza”.

“He sido un eterno desmorone, los dioses también se desmoronan... ¿Aún crees en las apariencias? El viejo lo contempló mientras tiraba al suelo el resto

del tabaco para apachurrarlo con sus zapatos. Tragó saliva mirando lentamente los ojos de Bernardo, con la cabeza inclinada, lívido, desanudando luego su corbata para abrir la camisa blanca de lino con los dedos blancos y largos de la muerte. Eran las diez y media de la noche en todos los relojes.

Emilio bajó por las escaleras que daban al patio de atrás. El instante durante el cual el conjunto cesó de carraspear las guitarras y tiples y las gentes limitaron sus decires a una simple interrogación meditada, pareció casi una vida, al menos más que una noche. Bernardo se dirigió hacia el corredor de macanas verdes circundado por enredaderas en donde había llorado muchas veces ante la perspectiva de vivir. El agua de las borrascas de mayo caía adquiriendo una extraña cristalinidad indiferente al seco viento de la malhadada franqueza.

Los dos salieron por detrás hacia la casa quinta de Petronio Zuluaga. Recorrieron su continente propio perdido en los túneles de una falsa genealogía, vieron una extraña vía de carriles cruzada por automóviles que lograban velocidades inimaginables, “allá será el futuro”, “no serán como nosotros en todo caso, vestirán distinto y hablarán distinto. Tu estás más cerca de mí que de ellos y tus chaquetas de cuero son sólo una mueca. La droga de los nuevos no será la lírica, será la indiferencia”.

Las gentes volvieron otra vez a moverse y a hablar. La ciudad serena continuó dormitado como dormitó el ciprés de la *fundación* o como descansó el puente sobre las aguas de la quebrada de Olivares. En la puerta de la finca de Petronio Zuluaga, quinta olvidada en la periferia de la ciudad, había una guacamaya arisca y un balde de agua estancada. Los dos entraron sigilosamente para no llamar la atención, salvo la de Petronio, quien los recibió muy contento, como casi todas las tardes a la hora de la merienda.

Rectangular, con corredores de macana extensos cubiertos de enredaderas fucsias y piso de tablas blanqueadas por el polvo que los arrieros traían en sus alpargatas de fique, antes de que Emilio les echara discursos en griego, la casa era un sereno refugio de azahares. Un silencio tranquilo aposentaba a los ariscos y tranquilizaba a los timoratos junto a la ciudad andina. Emilio señaló la puerta pintada de granate, que estaba cerrada y lucía un aldabón con la figura de un león rugiente.

“Prepárate”, le dijo a Bernardo, “ella está allí y no podrá salir, está adentro cubierta de psoriasis y eczema, monstruosa. Ella está allí sin llorar, como todos

nosotros, salvo que para ella no se hizo el mundo exterior (como para tantos cubiertos por el eczema de la máscara); está tranquila, pero nadie la conocerá pues ha perdido el hábito de las visitas, los diálogos de señoras sobre asuntos cotidianos, pequeñas tragedias domésticas, a las que nos reducimos en fin de cuentas; ha perdido el hábito de los hermanos o los primos, la costumbre de los tíos locos o los hijos descarriados y calaveras, ha perdido la cara y la vergüenza, que siempre es un orgullo de más. No le digas nada, obsérvala únicamente y no me perdones nunca el que te la haya mostrado. Mejor hubiera sido para ti perderte al otro lado del mar. Te he perdido reclamándote, aunque yo nunca quise reclamarte, no me perdones el habértela mostrado, como la vas a ver ahora cuando abramos la puerta y no se atreva a saludarte, con su íntima y tímida monstruosidad”.

Aquel cuarto oscuro donde se veía *el bulto*, estaba poseído por el azul. La luz de afuera, la luz de esa noche, la luz de los cocuyos entraba por una ventana de vidrio esmerilada. Allí estaba Hortensia, allí estaba la prueba.

Bernardo corrió hacia atrás de la casa con deseos de gritar, terminando en la otra esquina del corredor, donde una mula le lamió la mano que tenía posada sobre la chambrana con la lengua pegajosa. Al otro extremo, Petronio y Emilio lo miraron despidiéndose, alejándose de él, sumido ahora en el verdadero desmoroneo, como una sombra en los varandales, despenada creciente de acusaciones.

La lluvia arreció cerca de las diez de la noche cuando los dos regresaban camino del puente de Olivares cruzando cruces blancas de muertos blancos, camino de lodazal tenebroso, aro de infierno, dantesco refugio de los sin salvación. La lluvia les cayó primero lenta e insistente y luego fuerte y metálica, empapando sus vestidos de paño.

Silenciosamente, delicados como el abrirse de una caléndula o el amanecer de una larva de mariposa, llegaron a punto, antes de que el ventarrón les impidiera tantear el camino, cuidando de no resbalar por un precipicio o encontrarse un cerco de púas en el que pudiesen quedar engarzados. A unos metros estaba el puente de Olivares, la casita de techos de teja española para escampar a los arrieros que aún quedaban en los parajes y las mujeres y los hombres sorprendidos por la lluvia en su regreso a sus fincas.

¿Verían los dos, el viejo carente de herencias y el heredero del cáliz, ese siglo al que debieron pertenecer? ¿Lo verían bajo el piso de madera, en medio

de los remolinos y el sonido acechante de las aguas, las piedras, el silencio, el miedo? ¿Verían dibujarse el mundo en las turbias aguas; trepanamiento de pasado y futuro? ¿Observarían la motocicleta futurista? ¿El edificio rascacielo? ¿La autopista? ¿La música estridente? ¿El verso libre? ¿La confesión pública? ¿Los “quiméricos cármenes en los que se alberga todo el amor, y la serenidad y el belleza”? ¿El “Soñador... vagabundo... que, a través de la copa, quién sabe en que castillo de ilusión pone asedio, sin sospechar que todo se lo llevó la trampa”? ¿Verían acaso el musgo crecer sobre esa grey de fe que es la ciudad?

Fue en ese instante, cerca del puente, o tal vez en sus bordes, cuando Emilio desapareció en medio de la amenaza sin que Bernardo encontrara su paradero tras muchas horas de búsqueda en compañía de Petronio, invitados y bomberos.

Fue poco antes de llegar al puente – declaró a la policía - cuando sintió su ausencia. La lluvia caía a cántaros como todas las noches y rápidamente trataban los dos de acercarse sin dramatismos al refugio del puente, empapados sus vestidos y empantanadas sus botas de caucho. Había un árbol allí, lo último que vio antes de sentirse desolado como nunca, hundido, con deseos de desaparecer por esa trocha hacia confines distintos donde no hubiera de sufrir. No supo más de él, mientras abajo el siglo equivocado bullía de remolinos y los miembros del cuerpo de bomberos, los médicos legistas y los periodistas iniciaban su búsqueda.

París, Buttes Chaumont, 1979



Olga-Lucía Londoño P.



Notas

Presentaron en Nueva York novela "El viaje triunfal" del colombiano Eduardo García-Aguilar. NUEVA YORK - La novela *El viaje triunfal* del colombiano Eduardo García-Aguilar, traducida al inglés y publicada por la editorial Aliform (www.aliformgroup.com) fue presentada el jueves 2 de abril en la sede de Americas Society (<http://as.americas-society.org>) en Nueva York con la presencia de Gregory Rabassa, Dan Shapiro, el autor y el traductor de la obra, Jay Miskowiec. García-Aguilar (1953), quien reside en París, es autor además de las novelas *Tierra de leones*, *Bulevar de los héroes* y *Tequila coxis* y ha publicado los poemarios *Llanto de la espada* y *Animal sin tiempo*, el libro de relatos *Urbes luminosas* y *Celebraciones* y otros fantasmas, una

biografía intelectual de Álvaro Mutis. El estadounidense Miskowiec (1958), quien obtuvo la Primera Beca Nacional de Traducción Literaria 2008 convocada por el Ministerio de Cultura de Colombia para traducir el libro al inglés, es PhD en letras y profesor de la Minneapolis College, y fue un destacado alumno de Gregory Rabassa, el traductor de García-Márquez, Jorge Amado y Julio Cortázar. El ganador de la beca ha traducido a varios narradores argentinos y mexicanos, y tradujo al inglés, del mismo García-Aguilar, su novela *Bulevar de los héroes*, así como el libro de relatos *Urbes luminosas* y el ensayo *Delirio de San Cristóbal* publicada bajo el título de *Mexico Madness*. El jurado de la beca, compuesto por los traductores y académicos Juan Manuel Pombo y Timothy

Keppel, otorgó la beca a Miskowiec en virtud de que *El viaje triunfal* "es una novela bien escrita que capta una época histórica de América Latina de las generaciones del modernismo y del vanguardismo, es una traducción bien ejecutada y es interesante que se conozca ese periodo fuera del país. La experiencia del traductor es sólida, con una buena formación académica". Publicada en 1994 por TM Editores en Colombia, y reeditada en México por Nueva Imagen en 1998 y en España por Altera en 2003, *El viaje triunfal* fue traducida al bengalí y publicada también en la India. *El viaje triunfal* relata las aventuras del imaginario modernista Arnaldo Faría Utrillo en su vuelta al mundo por el Caribe, México, San Francisco, New York, Japón, India, Egipto, Roma, París, entre otras grandes ciudades y países en la primera mitad del siglo XX, entre dos guerras mundiales. En la contraportada de la edición norteamericana, Gregory Rabassa indica que "el mejor camino para llegar a la literatura, con sus flaquezas y objetivos, es vivirla. A eso nos conduce Eduardo García-Aguilar en esta novela viajera muy en la corriente de Cortázar, Bolaños y Eça de Queirós, al llevarnos por los vías y significados de lo que denominamos modernismo". ALIFORMGROUP.COM

Un cachorro salvaje y otros cuentos (Escribe: Luz-Helena Cordero V.).

Hay quienes creen que el autor se esconde detrás de sus personajes y de sus tramas, convirtiéndose en un dios implacable que gobierna el universo de su obra, o que a veces se comporta como un cobarde para esconder sus propias miserias. Pero la obra siempre trasciende al autor y toma su propia identidad, reclamando el derecho a la libertad interpretativa. Existe una tendencia general a asociar los contenidos de las obras con referencias biográficas de sus autores, haciendo que las obras se conviertan en apéndices o contenidos miméticos de la vida del escritor. Esta mirada niega a la literatura su poder de vuelo, su facultad de ser un universo propio y su fuerza para transformar el mundo. Las obras son mejores o peores que sus autores y esta suerte de cordón umbilical debería ser roto a la hora de ponderar un cuento, una novela o un poema. Por el afán de asociar el contenido de la obra con la vida privada del autor se han cometido arbitrariedades e históricas condenas judiciales y morales, para vergüenza de la humanidad. Otra cosa es referirse al trabajo del escritor como ser creativo para quien la literatura puede ser un antifaz, una armadura que lo aísla de todo, menos del estremecimiento; el escritor tiene algo o todo de camaleón; la escritura es la creación de un *lugar* donde el autor se desnuda de trinquetes sociales para vestirse de palabras capaces de provocarle el vuelo.

Milciades Arévalo, el mismo que hace de la poesía su *Puesto de combate*, ese mago de las ediciones capaz de hacer surgir revistas y libros como respuesta a los escollos del mercado editorial, aquel eterno niño enamorado de la poesía, en apariencia tímido y casi frágil, juguetón como un *gato de cristal*, ha creado un mundo en donde los personajes son apenas un pretexto para plantear la obstinada pregunta por la soledad. Porque las tramas de estos cuentos son una y la misma: la angustia por la soledad y esa búsqueda compulsiva del amor. No importa si su nombre es Lavinia, Ana Magdalena, Dinara o Alina, la mujer es siempre la promesa de una felicidad que se escurre entre las manos, que se evade por la ventana para volar en medio de los edificios, que se esfuma en un sueño o se escapa con un puma que acaba de aparecer en el baño. La recurrencia de imágenes y escenas eróticas es un juego permanente que además de incitar en el lector su propia fantasía, le recuerda la angustia por trascender la condición de abandono, la necesidad de atarse a otro o a otra que siempre forma parte de la ficción.

Otra presencia recurrente en estos cuentos es el *cuerpo* de los libros y las alusiones a la literatura como elemento vital, poder seductor que salva al protagonista de su miseria afectiva. Son los libros la otra cara del amor, la fuerza que llena para no desfallecer ante las cargas cotidianas de un mun-

do plagado de deberes y normas lejanas o negadoras de lo humano. Los libros y *el espíritu* que los ha engendrado son lo único que permanece, la única eternidad que, a falta del amor, ayuda a sobrevivir en medio del abandono.

Más allá del insólito Milciades, misionero de la poesía, la invitación es para que lectores y lectoras se enfrenten sin piedad a este *Cachorro salvaje* y en este combate por extraerle sus jugos y desechar sus huesos, alcancen a saborear el amor, el palpito de la poesía. Tal vez hurgando en sus recurrencias pueda hallarse el antídoto contra esa tediosa compulsión a huir de la soledad. Bogotá, D. C., 20 de abril de 2009.

Un poema de Su Shi. "Carlos-Enrique: Quiero compartir contigo un hallazgo que conocí a través de la página de una red sobre historia y cultura china, de Singapur: el Chinese History Forum, en la que estoy y donde moderó la parte literaria./ Es un poema de un político, pintor y poeta de la dinastía Song, del siglo XI (¡del tiempo del Cid!). Pude traducirlo del chino con gran trabajo: "Bañando a mi hijo" *Todos quieren tener hijos brillantes; /yo por brillante eché a perder mi vida./ Ojalá que este chico sea un idiota,/ y alcance así los más altos destinos.* Bueno... ese es Su Shi, también conocido como Su Dong Po (1039-1101). Que lo disfrutes... Rodrigo Escobar-Holguín" (Cali, 21.IV.09)

La Economía en su complejidad (por: Andrés-Felipe Sierra S.). En primer lugar, gran parte de las dificultades que tienen los economistas -y me incluyo parcialmente en la categoría- es que en las escuelas en las que se enseña esta disciplina, se ha venido evidenciando una tendencia fuerte a reducir el campo de estudio dentro de un proceso de sobre-especialización, en el que se termina por abandonar el estudio de las interacciones sociales desde perspectivas filosóficas que abarquen la ética, los estudios políticos, sociológicos, antropológicos, psicológicos, etc. El argumento que se esgrime es que no se alcanza a abordar con seriedad una temática desde tantas perspectivas. No obstante, tampoco se logra abordar bien un tema desde una sola de ellas, puesto que generalmente se pierde la comprensión de la complejidad de los sistemas.

En este sentido, se encuentra que generalmente los economistas, que tan acostumbrados están a trabajar con funciones de utilidad, poco reflexionan sobre los sustentos que tienen dichas funciones en la ética; generalmente ni siquiera se evalúa la pertinencia de adoptar el llamado *homo economicus* para las diferentes investigaciones.

En segundo lugar, incluso si el objeto de estudio se restringe a lo que comúnmente se conoce como economía, la enseñanza que conozco y que no sólo atañe a algunas escuelas en Bogotá, sino otras incluso en EE.UU. y en

Canadá, evita tocar los temas que conciernen a la economía pura -que no significa pura economía, sino más bien economía con altos niveles de abstracción en la construcción de teorías. Esto sí que resulta extraño y me detendré un poco.

Gran parte de los programas han tendido a enseñar herramientas y modelos económicos. Todo esto resulta muy importante, pero a todas luces insuficiente. La expansión de los cursos sobre estos temas ha marginado los debates y problemáticas tanto de las herramientas como de los modelos y teorías vigentes; presenciamos entonces una enseñanza sin discusiones, una disciplina que poco reflexiona sobre sí misma. Si bien en esto nuestra Universidad Nacional de Colombia todavía se encuentra a la cabeza, falta mucho.

En particular y a modo de ejemplo, aceptamos que existe un mercado de trabajo, con curva de oferta y de demanda que interactúan entre ellas como si fuesen un mercado como cualquier otro y que por lo tanto, el problema del empleo en Colombia y en España -ver los debates que se publican en "El País"- es que existen rigideces que dificultan la reducción de los salarios y generan sobrecostos laborales (es la discusión de Fedesarrollo, de los gremios en general y del PP en España). No obstante, existen muchas y fuertes críticas sobre este tema, al punto que algunos sugieren no sólo que

dicho mercado no existe en estos términos, sino que los salarios mínimos no afectan necesariamente el volumen de contratación al interior de un país.

De esta forma, los economistas se gradúan y cuando menos piensan, están aplicando unas estructuras teóricas de las que desconocen sus fundamentos, los debates que suscitan y su validez. (Joan Robinson comenzó una crítica conocida como *La controversia del capital* en la década de 1960 y hoy casi nadie conoce cuáles son sus implicaciones y por lo tanto, por qué, cuándo y cómo usar ciertas funciones de producción; en este momento esas funciones se usan en los ministerios de Hacienda, en el FMI e incluso en bancos centrales y resulta que se reconoce su carencia de validez).

En tercer y último lugar, separándome de los anteriores párrafos, me permito hacer la siguiente precisión: el tema del valor de una mercancía cualquiera tiene dos perspectivas, una desde el valor de cambio y otra desde el valor de uso. El valor de cambio es aquel que se intenta medir en términos de precios y que constituye el sustento de las relaciones comerciales de la sociedad. Por su parte, el valor de uso de una mercancía consiste en la capacidad que este bien tiene para satisfacer una o varias necesidades humanas; no por ello este valor es totalmente subjetivo, pero tampoco es totalmente objetivo.

Necesariamente una mercancía debe tener valor de uso para que pueda te-

ner valor de cambio, pero como el primero no se puede medir, no necesariamente hay correspondencia entre ambos. Lo que quiero apuntar es que, en desequilibrio, es decir, siempre que se piense el mundo real, y bajo las condiciones capitalistas actuales, ese valor de uso es cada vez menos importante para determinar la creación y comercialización de una mercancía, permitiendo el surgimiento y crecimiento del consumismo, en el que básicamente se ha perdido la idea que un bien o servicio cualquiera tenga correspondencia con el incremento del bienestar humano. En tales situaciones, podríamos hablar de un valor de uso que sea en realidad negativo para la humanidad: es el caso del armamentismo, de la publicidad misma con su manipulación del comportamiento, casos en los que, lejos de generar un valor de uso positivo, se genera una mercancía que si bien puede ser usada en las sociedades, no debería ser usada: no hablaríamos de valores, sino de antivalores de uso.

A esos antivalores son a los que el capitalismo, en su afán de expansión, concentración y centralización, tiende a generar valores de cambio irracionales. Sería justamente esto lo que habría que modificar mediante la educación, intentando que la producción de mercancías tenga un valor de uso importante, lo que a su vez impactaría la forma de concebir los mercados y por ende, el funcionamiento de las eco-

nomías actuales, algo más lejos del consumismo exuberante.

Nos escriben.... “El artículo de Leonardo Boff [“La crisis y la arrogancia de Occidente”] me hizo recordar cómo la “civilización» es un término inventado por Occidente para «excluir» por no civilizada, salvaje y fundamentalista toda cultura que no sigue los dictados de la “democracia” que Occidente practica, y esto -por desgracia- terminó pensando Oriana Fallaci quien apoyaba el uso de la fuerza (¿más que el alucinado Bush?) para someter a esos “pueblos ignorantes”. Nada distinto a como los griegos vieron a todos los pueblos no-griegos: como ‘bárbaros’...” Carlos-Alberto Ospina H. (Manizales, 25.III.09)

“Mucho te agradezco el envío del No. 148 de Aleph. Me alegró ese recorrido por tan significativas figuras de México, país entrañable, en especial tus ilustrados y profundos reportajes, así como los palpitantes artículos de los colombianos Mejía Rivera, Montoya y Duque Orrego. Felicitaciones por este punto tan alto que alcanza la revista./ Un abrazo, Darío Valencia-Restrepo” (Medellín, 16.IV.09)

“Querido Maestro:/ Infinitas gracias por tu sugerencia. Me hice al libro de Fromm. Solo conocía de él “El Miedo a la Libertad” y “El Arte de Amar”. Y de su hermosísimo CREDO solo conocía fragmentos. Pero lo que resultó

más felizmente coincidente es que acababa de terminar el borrador de mi libro - sobre el cual creo que te conté - que es un recorrido por los cincuenta años en la vida de Gaviotas (“Renacimiento en el trópico. Paolo Lugari o los tiempos de Gaviotas”). Precisamente, el capítulo que me resultó más fascinante fue el relativo a la década de los 60, que titulé “La Década Libertaria”. Y allí pude verificar, con inmenso deleite intelectual, que fue ese tramo del siglo XX donde se despertaron todos los impulsos que nos trajeron a la conciencia dominante al comenzar el Siglo XXI. Porque esa fue la década de los más profundos estremecimientos de la conciencia colectiva. La de la Guerra de Vietnam, la de Jhon Kennedy y Martin Luther King; la de la Alianza para el Progreso; la de la crisis de los misiles y de la mayor aproximación a un holocausto nuclear; la de la revuelta estudiantil; la de la insurgencia del movimiento hippie; la de la divulgación de “El Fenómeno Humano” y del pensamiento de Theillard; la del final del INDEX librorum prohibitorum et expurgatorum; la del comienzo de la revolución Cubana y de la entronización universal del CHE; la de la Alianza para el Progreso; la de la aparición de “La Primavera Silenciosa” de Rachel Carson, que fue el primer SOS sobre las amenazas que se cernían sobre el Planeta; la de “Pensar lo Impensable” de Hermann Khan y del Hudson Institute; la de “La Sociedad Opulenta” de Galbraith y la del

"Desafío Americano", de Servan-Schreiver. Y de mil cosas más que significaron una especie de erupción de toda clase de mensajes que venían como del centro de la tierra. Pero se me había olvidado que la obra de Fromm -que los jóvenes de aquella época devoramos sin saberla digerir suficientemente- estuvo también, antes de y durante la década de los sesenta, como sirviendo de interpretación para las honduras de esa conciencia profunda. Él fue enemigo a fondo de la Guerra en Vietnam y profundamente pacifista, igual que crítico visionario de la sociedad de consumo. Por lo mismo, un conocedor a fondo de la insatisfacción y de la soledad del hombre contemporáneo. Algo que está en el contenido esencial de su CREDO, que hay que leer y releer para encontrarle cada vez más y más contenidos, que retratan el alma de cada ser humano y el alma de toda la humanidad. Y, sobre todo, la carga de ilusiones que llevan al hombre a convertirse a sí mismo en «siervo de los objetos». En el CREDO me emocionó mucho su aproximación a la identidad de lo humano con la naturaleza, y su persistencia en que mientras más se empeña en divorciarse de lo natural, más lejos estrá el hombre de su verdadera condición humana. Esa "humanidad del hombre" tan cerca de la Naturaleza, me evoca mucho a Theillard y a su hermosa figura de la Noosfera, en un "planeta pensante" en el que la única diferencia entre el "hombre pensante"

te" y el "animal pensante", está en que "el hombre sabe que sabe". Pero eso no lo hace necesariamente más inteligente.

Pero lo que más me ha seducido en lo que llevo leído del libro es su inmensa sabiduría para aproximarse al pensamiento de Marx. Y muy especialmente porque cada día va resultando más evidente que -contra la simplificación de la Historia- con el muro de Berlín no cayó el Marxismo con mayúscula. Cayeron, sí, tanto "las distorsiones y las degradaciones del marxismo" -que él describe- como la ilusión del capitalismo. Porque todo parecería indicar que la esencia de Marx -que llega también a las ilusiones del hombre y la que entiende e interpreta magistralmente Fromm- continúa vigente.

Gracias de nuevo por compartir conmigo tu sabiduría./ Con un gran abrazo de admiración y afecto extensivo a Livia./ Mario Calderón-Rivera" (Manizales, 18.IV.09)

"Apreciado CER: Me había prohibido acusar recibo de tu envío y agradecerlo, hasta tanto hubiera leído la totalidad del Aleph 148./ Lo he hecho con gran deleite, de cabo a rabo. Maravilloso tu periplo, acompañado de Livia, por la geografía mexicana. Has abierto realmente nuevas puertas para ingresar a esa cultura, desde adentro, desde lo vivido y experimentado; desde el arte, la literatura y el pensamiento./ Un abrazo y mil felicitaciones y

agradecimientos. Cecilia Balcázar de Bucher" (Bogotá, 1.V.09)

"Querido amigo CER: Hay motivos para pensar que llegaron los tiempos apocalípticos, pero en fin, hay que estar templados, y no dejarse aterrar. Trabajo mucho, soy jurado del *Premio Rómulo Gallegos*, y debería viajar el 25 de mayo a Caracas y Maracaibo, aunque ahora parece que se postergará el viaje pero sólo por una semana, a causa del envío de nuevas obras que debieron ser aceptadas./ A mí me entusiasma siempre trabajar en algo, concentrarme, alentar ese paso de lo racional a lo espiritual que hace posible la poesía, o la filosofía, y que hace vivible la existencia. Te mando un borrador de trabajo, y también un artículo sobre el poeta Teuco Castilla./ Mi familia está bien, y ustedes, así como otros, mis amigos queridos, también son mi familia. Besos a Livia y a ti de Graciela Maturo" (Buenos Aires, 3.V.09)

"Excelente entrevista y muestra del talento y la disciplina científica del Dr. Llinás [cf.: 'El valor es un asunto de cerebro', entrevista con R. Llinás; Revista DINERS, Bogotá 21.IV.09]. A decir verdad, lo que él propone es algo que yo siempre he pensado. En mi opinión, las ansias de poder, la búsqueda de los bienes materiales y el consumismo son los factores que le han puesto el valor relativo a los bienes bajo el signo peso. En gran medida, hay mucha responsabilidad por parte de los

padres de familia y la educación en la manera cómo inculcan el aprecio por lo material en sus hijos o alumnos. Los padres de familia, independientemente del capital con el que cuenten, deberían enseñarle a los hijos a valorar las cosas, a compartir, a ser desprendidos y a comprender que el dinero se debe obtener de manera justa y en una cantidad justa. En cuanto al asunto del cerebro, me queda la inquietud de si es algo genético o puede ser algo adquirido mediante la experiencia, pues debe haber casos en los que un niño nace en una familia muy acomodada, con la posibilidad de estudiar donde desee y de llegar a ser presidente de la empresa de su padre, pero prefiere hacer su capital con su propio esfuerzo o darle un sentido más social a esa empresa. Por otro lado, hay casos también (lamentablemente muy abundantes) en los que se nace en una familia humilde, pero al interior de ésta no existe la suficiente armonía y consolidación de valores, dando como resultado jóvenes que aspiran a ser mafiosos o sicarios y niñas que desean ser prepago porque creen que el máximo valor de vida es el monetario.

"En el artículo de Andrés-Felipe Sierra, *Ética y economía: la dignidad de los fines morales detrás de la técnica* (Aleph-147), se consideran aspectos muy importantes acerca de la justicia en la distribución de los bienes y de las libertades de los gobiernos y los pueblos en ese sentido. Es muy

interesante y muy bien referenciado, cuestiona a fondo el aspecto de la desigualdad y sus raíces políticas.

“Hay, también, un video en youtube (en inglés) que se llama Money as Debt, el cual me sirvió mucho para entender por qué el modelo económico que tenemos tiende inexorablemente a un punto de crisis y propone otros modelos en los que los bienes se adquieren de acuerdo a las horas de trabajo, un modelo de trueque modificado y no recuerdo qué más. Lo que intento recalcar es que hemos cometido el error de entender la vida en términos monetarios, pero la economía que tenemos sólo ayuda a que esto se convierta en un círculo vicioso. Yo, por ejemplo, aprendí desde muy pequeña a ser muy desprendida, a no tener impulsos consumistas y buscar siempre la mayor economía. En mi casa nunca hubo afán de tener artículos de marca, nunca salíamos “de compras” a no ser que hubiera una necesidad real y justificada para adquirir algo y se nos inculcaron otros valores como el aprecio por el arte, la música clásica, la ciencia... menos tangibles, pero de mayor satisfacción personal. Por eso casi nunca

me “antojo” de cosas y sé muy bien cuándo necesito comprar algo y cuándo no.

“Por último, hay algo que le escuchaba siempre a mi papá: una teoría económica que él tiene y es algo así como ‘la termodinámica de la economía’ o la ‘entropía económica’. Me parece que es muy interesante, aunque ya hay varios estudiosos que han propuesto algo similar...” Catalina Villegas (Ingeniera Física, exalumna de la “Cátedra Aleph”, Manizales 12.V.09)

Hemos recibido... Entre otros, los siguientes libros: “El poder de la carne – Historias de ganaderías en la primera mitad del siglo XX en Colombia”, Alberto G. Flórez-Malagón (Editor); Ed. Universidad Javeriana, Bogotá 2008; 440 pp. “Razón y Fábula”, selección de textos de la revista del mismo nombre, del número 1 (mayo de 1967) al número 26 (agosto de 1971), período en el cual fue dirigida por Andrés Holguín; Amalia Iriarte-Núñez (compiladora); Ed. Universidad de los Andes, colección: Humanidades, Bogotá 2009.

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo, José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía, Jesús Mejía-Ossa, Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Uribe (✉), Santiago Moreno G., Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés, Valentina Marulanda, Luis-Eduardo Mora O. (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Guillermo Páramo-Rocha, Carlos Gaviria-Díaz, Humberto Mora O., Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Ángela-María Botero, Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur, Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado, María-Leonor Villada S., María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (✉), Jorge Consuegra-Amador, Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Lino Jaramillo O., Alejandro Dávila A.

Colaboradores

Graciela Maturo. Poeta, ensayista, catedrática universitaria, Investigadora Principal del Consejo Nacional de Investigaciones (Argentina). En el ámbito de la investigación se ha dedicado especialmente a la Teoría Literaria y a la Literatura Hispanoamericana. Algunas de sus obras de investigación y crítica: *Proyecciones del Surrealismo en la Literatura argentina* (1967); *Julio Cortázar y el Hombre Nuevo* (1968, 2004); *Claves Simbólicas de García Márquez* (1972, 1977); *La Literatura Hispanoamericana. De la Utopía al Paraíso* (1989); *La mirada del poeta. Ensayos sobre el conocimiento y el lenguaje poético* (1996); *La identidad hispanoamericana. Problemas y destino de una comunidad* (1997); *Marechal: el camino de la belleza* (1999); *La razón ardiente. Aportes para una teoría literaria latinoamericana* (2004). Algunos libros de su obra poética: *Un viento hecho de pájaros* (1960); *Canto de Eurídice* (1982); *Cantos de Orfeo y Eurídice* (1996). *Memoria del trasmundo* (1995, 2001); *Cantata del agua - Habita entre nosotros* (2001); *Navegación de altura* (2004). *Antología poética* (2008).

Antonio García-Lozada. Ph.D. en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Maryland, College Park. Profesor de literatura hispanoamericana y Director del "Centro de estudios del Caribe y América Latina" en la Universidad Central del Estado de Connecticut. Sus colaboraciones han aparecido en *Anthropos*, *Quimera*, *Hispanamérica*, *Revista de Estudios de Literatura Colombiana* de la Universidad de Antioquia, *Mapocho* e *Inti* entre otras publicaciones. Ha servido como co-coordinador de la edición crítica de la poesía de León de Greiff en la Colección Archivos de la UNESCO. En la actualidad su proyecto de investigación se titula "La visión crítica de Europa a través de la literatura latinoamericana".

Marta-Cecilia Betancur G. Profesora titular de la Universidad de Caldas, adscrita al departamento de Filosofía, con maestría de la Universidad Nacional de Colombia y doctorado de la Universidad de Sevilla (España). Autora de: "El texto escrito" (en coautoría de Beatriz Jaramillo, 1998), "Russell: mundo y

lenguaje”, “Metáfora y ver como – La creación de sentido de la metáfora” (2006). Área de investigación: filosofía del lenguaje y de la acción.

Carlos-Alberto Ospina H. Profesor titular del departamento de Filosofía de la Universidad de Caldas, con maestría y doctorado. Áreas de investigación: filosofía de la modernidad y estética. Autor del estudio: “Junji Konishi, el poder creador del diseño”, en el libro: “Junji Konishi: arte y diseño” (Ed. Universo, Manizales, Col., 2007)

Pedro Lastra (n. 1932). Ensayista y poeta chileno, profesor emérito de la Universidad Estatal de Nueva York. Autor, en poesía, de “La sangre en alto” (1954), “Traslado a la mañana” (1959), “Y éramos inmortales” (1969, 1974), “Cuaderno de la doble vida” (1984), “Travel notes” (Edición bilingüe, 1991, 1993), “Diario de viaje y otros poemas” (1998), “Cuatro diferentes noticias del extranjero” (1979, 1982, 1992, 1998), “Algunas noticias del extranjero” (1996), “Canción del pasajero” (2001), “Carta de navegación” (Antología, 2003). Como crítico y ensayista es autor de: “Conversaciones con Enrique Lihn” (1980, 1990), “Relecturas hispanoamericanas” (1987), “Leído y anotado. Letras chilenas e hispanoamericanas” (2000), “Invitación a la lectura” (2001).

Eduardo García-Aguilar. Nació en Manizales, Col. (1953). Realizó estudios en la Universidad de Vincennes (París VIII) hasta 1979 y luego vivió en México. Actualmente reside en París. Entre otros libros, ha publicado en México las novelas *Tierra de leones* (1986), *Bulevar de los héroes* (1987), *El viaje triunfal* (1993) y *Tequila Coxis* (2003), así como *Urbes luminosas* (relatos, 1991), *Llanto de la espada* (poemas, 1992), *Animal sin tiempo* (poemas, 2006), *Celebraciones y otros fantasmas: Una biografía intelectual de Álvaro Mutis* (1993), *Delirio de San Cristóbal. Manifiesto para una generación desencantada* (1998) y *Voltaire, el festín de la inteligencia* (Bogotá, 2005). Libros suyos han sido traducidos al inglés, francés y bengalí. Su poemario “Llanto de la espada” fue vertido al francés por el poeta Stéphane Chaumet.

Olga-Lucía Londoño P. Dibujante y pintora, ha realizado exposiciones individuales y ha participado en varias exposiciones colectivas en Manizales, Pereira, Bogotá, Medellín, así como en Salones Regionales y Nacionales de Arte. Tiene experiencia en docencia en el campo del arte. Concluye en la actualidad estudios de Psicología. Reside en Manizales.

TAREA:

10.0

Tema:
Responsabilidad Social Empresarial

Enumero las cosas que hago en RSE

Capacito a los líderes de mi comunidad para que comprendan que es lo que hago y cómo lo hago. ✓

Doy alimentación a 200 niños de Caldas y Risaralda, ellos son nuestro futuro ✓

Edico a 200 jóvenes en carreras técnicas tecnológicas y los invito a soñar. ✓

Protejo el medio ambiente capacitando a la comunidad que vive cerca a nuestras cuencas, ellos son nuestro apoyo cuidando el agua recurso vital para nuestras vidas. ✓

Pegar fotos:



2 de los 200 jóvenes del proyecto Educación que genera progreso para el eje cafetero. ✓



Manuel y Pepita niños de la fundación Nutrir Alimentados por la CHEC. ✓

epm



En la CHEC estamos **haciendo** bien la tarea, porque **queremos** seguir sacando las **mejores** notas en **Responsabilidad Social Empresarial**



CON INFI-MANIZALES

***van volando las obras
del Cable Aéreo***

Apoya:
Infi-Manizales



PARA QUE VIVAMOS
MEJOR.
SU ALCALDÍA DE MANIZALES



Olga-Lucía Londoño P.

En retirada / poema en manuscrito autógrafa/ <i>/Graciela Maturó/</i>	1
Filosofía y literatura: dos juegos del lenguaje <i>/Marta-Cecilia Betancur G/</i>	2
¿Para qué filosofía en tiempos de penuria? <i>/Carlos-Alberto Ospina H/</i>	12
Rafael Gutiérrez-Girardot (1928-2005) <i>/Antonio García-Lozada/</i>	19
Experiencia y revelación de un poeta visionario <i>/Graciela Maturó/</i>	43
Un envío de Pablo Neruda <i>/Pedro Lastra/</i>	51
Educación en la ciudad para la Cultura <i>/Carlos-Enrique Ruiz/</i>	54
Los sueños dorados <i>/Eduardo García-Aguilar/</i>	62
NOTAS	
/Presentaron en Nueva York novela "El viaje triunfal" del colombiano Eduardo García-Aguilar/ Un cachorro salvaje y otros cuentos (Por: Luz-Helena Cordero V.)/ Un poema de Su Shi (Por: Rodrigo Escobar-Holguín)/ La economía en su complejidad (Por: Andrés Felipe Sierra S.)/ Nos escriben.../ <i>/Hemos recibido.../ Patronato histórico/</i>	71
Colaboradores	81